

# intervalo

**PUBLICACION  
PARA ADULTOS**



PRECIO: 20 PTAS.

D.E.S.P.L.A., S.L. Reg. Import. N° 358

N° 304



**NOVELAS  
COMPLETAS**

# intervalo

## ALBUM

### ÍNDICE

CUENTOS DE ALMEJAS, por Pedro M. Mazzino.....	4	BUZ SAWYER, por Roy Crane.....	75
UNA NIÑA, UN BOSQUE Y EL AMOR, por Malena Saudade.....	17	EL AMOR QUE NO PUDO SER, por Gustavo Flaubert.....	89
JOHANA, LA SUECA, por Paula Marín.....	28	OTRA VEZ LA LUZ, por Ladislao Shell.....	100
EL REGRESO DE DANIEL, por Carlos Ruiz.....	40	HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES, por Cristóbal María Paz.....	111
¿ME FIRMA UN AUTÓGRAFO, BEATRIZ FUNES?, por Eduardo B. Costa....	51	LA MUJER QUE CASI DESAPARECIÓ, por Pier Michele.....	118
LOS GERANIOS EN EL CALOR DE LA TARDE, por Robin Wood.....	64		



# CUENTOS DE ALMEJAS

Por PEDRO M. MAZZINO

## UNA MUCHACHA LLAMADA JOSÉ

Dibujos de VOGT

¿Pero qué es en realidad? ¿Un torredón?  
¿Una vieja usina? ¿Una tahona?

Frío, frío, Ulises. No adivinás  
y voy a tener que decírtelo yo.



La historia me la contó mi abuela, hace  
años. Una tarde que pasamos por aquí.  
Es una ermita.

¿Una ermita?



"Ermita: santuario o capilla en despoblado", según el diccionario. Ulises lo sabe y se extraña. ¿Dónde está la cruz?  
¿Y el campanario?

¿Y el altar? ¿Y los bancos  
para los fieles?



No, Ulises, no. No esa clase  
de ermita. La llaman así porque  
la construyó un tipo raro,  
un excéntrico ermitaño que anduvo  
una vez por Almejas.

¿Qué fue de él?  
¿Murió aquí?



¡Algún día vas a morir apretada  
debajo del auto, José! Hace media  
hora que estoy esperándote.  
¿Salís o no?

Si te cansás andate,  
Gustavo.



No, él no se equivocó al decir "apretada"  
y "José", porque la persona que está allí  
se llama así y es...

Dije que saldríamos con mi auto y si no  
ajusto ese elástico no podremos usarlo.



¡Listo! Cuando necesité un buen mecánico  
avisárame. Me pego un baño y enseguida estoy  
con vos. Mientras, entré a tomar un café en casa.



No hago más que preguntarme una  
cosa, señora Achával.



¿Cómo se verá su hija vestida como una mujer?



¡Horrible!

Las faldas son la ropa más inadecuada que existe. Ata a mis congéneres, Gustavo. A partir del pantalón, el sexo débil comenzó a liberarse.



En realidad se llama María José, pero le gusta más usar sólo el último nombre. Y ropas masculinas...

Chau, mamá. No te quedés levantada esperándome. A lo mejor tarde.



Cuñela, Gustavo. No le deje cometer locuras.

Nadie sabe lo que pasó con el ermitaño. Mi abuela dice que un buen día desapareció. Repentinamente, sin aviso.

¿Ninguno reclamó jamás la ermita?



Fue construida en terreno municipal, sin permiso. Es de todos y de nadie. Pero supongo que quedará así eternamente. Por la leyenda, ¿sabés?

¿Qué leyenda?



¡Que no te deje cometer locuras! Tu madre te conoce bien poco, José. ¿Alguien te dominó alguna vez?

¡Nadie! Y me jacto de eso.



¿A quién saliste? La imagen de tu progenitora no cuaja con la tuya. Ella es mansa, tierna, femenina, y vos...

Debo ser la reencarnación de mi abuelo, Gustavo. ¿No viste su retrato en la sala?



(Igual que vos, papá... Tu viva imagen. Y casi tu misma trayectoria. Hosca, independiente, libre como un pájaro...)



(¿Habrá que esperar que tenga tu mismo fin? Gustavo la quiere, se le nota en la cara cada vez que la mira. Pero... ¿Y José? ¿Es capaz de querer a alguien?)



¿No podés ir más despacio? ¿O parar un rato y darme la oportunidad de decirte algo?

Vamos a una fiesta, ¿no? Debimos llegar hace una hora. A esta velocidad...



La leyenda la tejó la gente alrededor de la ermita. Se dice que el que allí entre no se casará jamás.

¿Vos entraste, Malvina?









¿Baillamos?

Iba a proponértelo. Aunque más no fue- se para sacarte de tus profundas cavi- laciones. ¿Qué te preocupa?



Nada. Algo que está lejos, que siempre estuvo lejos, muy lejos, como un imposi- ble. Ahora pienso otra cosa: que será bueno trabajar durante el verano en el mar. ¿Son buenas las playas de Almejas?



¡José! ¿Qué pasó? ¿Y Gustavo?

Me dejó sola, mamá. Tuvo vergüenza de presentarme a sus amigos con facha de mecánico. ¡Pero ese maldito elástico no pudo conmigo!



Lo arreglé, ¿sabés?

Tendrías que arreglar otra cosa: tu cabe- za. Sos una muchacha, hija. Gustavo se interesa por vos, pero si insistís en tus extravagancias...



¡Culpálo a él! ¿No decís siempre que soy su vivo retrato?

Sí, lo digo. Pero, ¿recordás có- mo terminó el abuelo?



Fernanda huele a hogar. Deja alrededor de él una au- reola de femi- neidad que lo sobrecoge. Re- suelve ahí no llamar a José. Será como u- na prueba. Si consigue no pensar en ella hasta el lunes...

¡Hola, Le Corbusier! ¿Siempre tiran- do líneas, vos? Pasaba cerca de tu ca- sa y...

¡José!



Bueno, creo que soy el último en despe- dirme. ¿A qué hora pasan a buscarme el sábado?

A las cinco de la mañana, Gus- tavo. Vamos a estar juntos un par de días. Los usaré para ter- minar de conocerte.



¿Me perdí una hermosa fiesta?

A mí me gustó. Hasta logré un buen tra- bajo. Riviera Páez me ofreció terminarle una casa que está construyendo en Alme- jas.



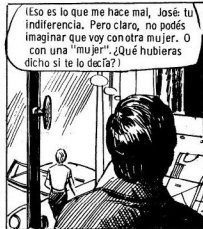
¿Almejas?

Sí, Almejas. ¿Conocés el lugar? Queda al sur. Más allá de... El sábado debo ir.



¿Querés que te lleve en mi auto? Lo dejé al pelo.

No, gracias. Quiero partir y llegar. Me lleva Riviera Páez; i- remos con...





¡Ulises Cataldi! ¡Qué gusto verte! ¿Cuándo te envié la última carta?

Hace como un año... Después de recibirte de ingeniero. ¿Qué hacés en Almejas?



Le cuenta rápido. Después Ulises comprende que debe presentar a la mujer que está con él.

Esta es Malvina. Mi novia. Te hablé de ella, ¿no?



¡Seguro! Encantado, señorita. Mi amigo la describió tal como es.

Ahora me toca a mí. Ella es...



Déjame adivinar. Vos también me escribiste de alguien en tu última carta... ¿José?



¡Y quedaste mal con los dos, Ulises! La pobre chica tenía una cara de estupor que daba lástima. Creo que les arruinaste un momento que debía ser inolvidable.

¿Podría saberlo?



Gustavo, en aquella carta, no hizo más que hablarme de José... "Una muchacha extraña con nombre más extraño. La quise en cuanto la conocí, Ulises", me decía. "Estoy seguro de que esta vez es la definitiva..."



¿No vas a preguntarme quién es José?



No. Me conformo con imaginarlo. Debe ser una mujer, ya que este amigo tuyo supuso que yo era ella. Y que es o era lo suficiente importante para vos como para que se la mencionaras en una carta...

José, la única que me interesó antes que vos, Fernanda. Una mujer medio complicada.

No me debés explicaciones, Gustavo. Me basta con saber que el mar sonaba mejor a tu lado. Pero voy a preguntarte algo.

¿Era José eso que te tenía preocupado en mi fiesta? ¿Es ella lo que "siempre estuvo lejos"?

Sí. Pero vos estás cerca. Y muy cerca. Eso me gusta.



Don Braulio se lo dice en el viaje de regreso...

Los obreros estarán listos para reiniciar la obra en quince días, Gustavo. ¿Podrá venir a instalarse en Almejas para entonces y hasta que la termine?

Sí.

Serán unas largas vacaciones. Durante ellas quizás te demos una buena noticia, papá.



La otra noticia debe darla Gustavo. A José. La encuentra una tarde, en un lugar que le es habitual.

Y estaré hasta marzo en Almejas trabajando en esa casa. ¿Estás escuchándome?

Sí. ¿Y a mí qué me importa eso?

Me importa a mí, José. Porque hay algo más: la hija de Riviera Páez. Se llama Fernanda, ¿sabés? Estuve con ella este fin de semana. La conocía de antes, pero claro, recién ahora comprendí que la quiero.



¿La... querés?



Sí. Responde a todas mis aspiraciones masculinas. Necesitaba decirlo. Después de todo somos buenos amigos, ¿no?

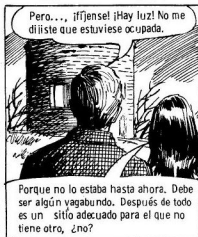
Vuelve a meterse debajo del auto. Pero sólo para que no le vea lo que acaba de brotar de su cara, entre las manchas de grasa y la indiferencia.

¿Y a mí qué me importa? ¡Que tengas suerte! ¡Chau!



Hace horas que estás ahí, José. ¡Abri' o echo la puerta abajo!





"Una muchacha extraña con un nombre más extraño. La quise en cuanto la conocí, Ulises..." Recuerda la carta de Gustavo. No muchas mujeres se llaman José. ¿Y si fuera...? ¿Cómo era el apellido? Sí. Achával.

¿José Achával?

José Achával soy yo. Pero mi abuelo era José Acuña.

Espere, si me conoce podemos hablar. ¿Adónde va?

(Es ella. Gustavo tiene que saberlo ahora mismo.)

(¡Hombre tonto! Todos ellos lo son. A lo mejor es un error creer que para sentirse liberada, una mujer debe imitar al hombre.)

¡Baja, Gustavo! Es urgente.

Voy, Ulises.

Atropella las palabras. "José está en la ermita. La hizo su abuelo, ¿sabés? De verdad es una muchacha hermosa y extraña..."

¡No lo creo! ¡Hasta que no la vea, no lo creo!

Te digo que está allí. Parece que pintando. Vi sus cuadros a medio hacer. Una ermitaña hembra, viejo. Será bueno que hables con ella.

Andá solo. Yo me quedo por aquí.

Si es una broma pesada, Ulises, te juro que...

No es broma, Gustavo Huergo. Es José. Lo ve por la ventana y sale. Abre los ojos, grandes, como dos huecos que quieren abarcarlo íntegro.

Era verdad. ¿Qué hacés aquí?

Esperarte, Gustavo. ¡Yo sabía que vendrías!

¡La ermita no me podía fallar! ¡Mi amor! ¡Mi amor! A mi abuelo tampoco le falló. ¿Por qué te creés, si no, que nací yo?

¿De qué estás hablando, José?

¿Loca? ¿Extraviada?

Hay algo en los ojos de José: lágrimas. Sus manos huelen a comida y no lo sueltan. Está desprolija, más que nunca, y más que nunca hermosa. Tiembla, su voz se vuelve suave, como las de todas las mujeres cuando hablan de amor.

Comprendí que te amaba cuando me dijiste que venías aquí con esa Fernanda.

Entrá, vení. Estoy viviendo como vivió mi abuelo: sola, esperando. Pintando mamarrachos para matar el tiempo, pero esperando. Esperándote a vos.

¡Esto es una pocilga! ¿Cómo se te ocurrió?

¿No te lo digo? Penitencia, Gustavo, penitencia. La misma que hizo mi abuelo después de pelearse con la mujer que lo amaba. El creía que se podría vivir sin amor, hasta que comprendió que no.



Entonces se vino a Almejas, construyó esta ermita y se puso a vivir como un ermitaño, implorando al Cielo, a Dios, que la mujer que amaba viniera a buscarlo.



(La leyenda. Está claro. Los viejos del pueblo conocen a medias la historia de José Acuña.)

Y ella vino. Tardó porque le costó dar con él, pero vino a buscarlo. En el auto de su padre, una noche. Y mi abuelo se fue con ella. La hizo mi abuela y fue feliz. ¿Te das cuenta?



La que no se da cuenta sos vos, José.

Yo amo a Fernanda Riviera Pérez. Definitivamente. Lo tuyo fue el paso previo que me guió a ella. No sería honesto negártelo.

Entonces, yo... Fue en vano venir aquí. Inútil hacer penitencia y esperararte, arrepentida de todas las idioteces que cometí.



¿Qué tengo que hacer ahora con mi amor?



Agradecérselo al Cielo, José. Lo mío también te puede servir. Puede ser el paso previo que tenías que dar. Ahora sabés que sos capaz de sentir amor.

Sólo te falta encontrar al hombre a quien poder dárselo. Ya nada tenés que hacer aquí. ¿Te ayudo a empaquetar tus cosas? ¿Te llevo en el auto de mi amigo hasta la estación de ómnibus?



No es necesario. Tengo mi auto. Desde que estoy aquí no me eché bajo él ni una sola vez, te lo juro.



Con cuidado, José. No corrás en la ruta. Saludos a tu madre. ¿Le vas a contar lo que pasó?



No, apenas le voy a decir que José se murió en la ermita. La que vuelve a casa será María. Se alegrará.



¡Adiós!

¿Lloraba o me pareció?

Lloraba, Ulises. Las madres también suelen llorar antes de tener al hijo. ¿Se lo vas a contar a Malvina? Las mujeres son tan infidentes. Si ella se lo dijera después a Fernanda...



No le voy a decir nada. Entraste a la ermita. ¡Y las mujeres son tan supersticiosas...!



FIN

# una apasionante revista

DE LA COLECCION **TODOL<sup>®</sup>**  
**COLOR**

## Dennis Martin

en sus peligrosas  
aventuras en el mundo  
del espionaje!



**Aventuras completas  
nunca publicadas!**

OTROS TITULOS DE  
ESTA EXCLUSIVA COLECCION

**ALAMO JIM - CABO SAVINO  
NIPPUR DE LAGASH**

COLECCION  
**TODOL<sup>®</sup>**  
**COLOR**



y en el mismo  
número  
**DIEGO**  
El hidalgo  
del Oeste

**PIDALA EN SU QUIOSCO**



# UNA NIÑA, UN BOSQUE Y EL AMOR

Por **MALENA SAUDADE**

Dibujos de **MORAGÁ**



"O tienes hijos o escribes libros."

Nietzsche

Edmundo Reich escribió: "Por eso, la felicidad está como agazapada en el fondo del alma de cada hombre esperando que éste se deje sorprender."



Dejó la lapicera sobre el papel y miró hacia afuera por la ventana. El sol estaba ya alto y era hora de desayunarse y salir a caminar un poco por el bosque.

Los hombres suelen ser demasiado expeditivos en cuestiones culinarias; quizá sea por eso que sólo frecuentan la preparación de platos sin complicaciones.

Elos, sin embargo, creen que preparan platos únicos y hasta son capaces de confiarnos la receta de una omelette como si fuera algo excepcional y exquisito.



(Esta tarde, debo continuar desarrollando esta idea.)



No obstante, se les puede conceder que un revuelto de huevos y jamón acompañado de una buena taza de café es un excelente desayuno.

Y para Edmundo aquello constituía un refrigerio necesario porque había estado escribiendo desde mucho antes de que saliera el sol.



Iba a introducir el tenedor en la sartén cuando oyó unos golpecitos tímidos en la puerta de su cabaña. Se levantó con resignación y fue a abrir.



No acostumbraba él a tener visitas en aquel solitario paraje. Por eso se asombró ante aquella muchacha con pollera de gimnasia y apretadas trenzas.

¿Quién eres?

Había formulado la pregunta quizá con cierta impaciencia y la muchacha debió advertirlo porque se mostró cohibida y guardó silencio. El trató de corregirse.

¿Quieres tomar una taza de café?

Ella esta vez sonrió e hizo un gesto afirmativo.

Tal vez también te gustaría comer algo.

Sí; caminar por el bosque despierta el apetito.

Le llenó un plato con aquella fritanga y se lo puso delante. Esta vez la pregunta le salió dulcificada.

¿Qué hacías por estos parajes, tan lejos del pueblo?

Caminaba. Me gusta recorrer el bosque.

¿Cómo te llamas? -continuó interrogando Edmundo.

Me llamo Silvina Landeau y tengo veinticinco años. Vivo en el pueblo con mi padre que es médico.

Edmundo bebía su café meditando: aquella pollera de gimnasia, aquellas trenzas tan apretadas, aquella palidez...

Creo que me mientes.

Silvina lo miró asombrada.

Pienso que tú eres una pupila del asilo de huérfanos que está al otro lado del bosque. Y pienso también, que te has escapado.

Esta vez la mirada de Silvina era pícaro y divertida.

Quizás te llames Silvina, pero no tienes la edad que dices. No creo que tengas más de quince o dieciséis años.

La muchacha se puso de pie; la tenue sonrisa de su rostro no confirmaba ni negaba las conjeturas de Edmundo.

Quisiera seguir caminando. Hacia el lado del arroyo hay un hermoso paisaje.

Era aquella la hora en que también Edmundo salía a caminar por el bosque; pero también la curiosidad lo decidió un poco a acompañarla.

¿Por qué huíste del asilo?

Silencio de ella.

Tengo entendido que es un buen lugar y que los internados reciben no sólo educación sino también un tratamiento cordial y de amplia libertad.



¿Quién es usted? preguntó ella, de pronto. El dijo su nombre.

¿Y qué hace en esa cabaña, tan lejos del pueblo?



Escribo libros.

Ella pareció experimentar sorpresa.

¿Sólo hace eso?

Sí; escribir libros es una tarea muy ardua y no deja lugar a otra cosa.



Eso no puede ser verdad. Además de escribir libros, una persona tiene que vivir, amar, comprarse un traje, salir a pescar, hacerse con sus propias manos un banco de madera. ¿Usted hace todo eso?



Edmundo se había puesto visiblemente molesto.

No soy yo quien debe someterse a un interrogatorio sino tú. O, en todo caso, deberías responder a las preguntas que yo te hice primero.



Nuevamente aquella sonrisa indescifrable en el rostro de Silvina; pero inmediatamente fue suplantada por un gesto decidido.

Sí. Tiene usted razón, señor escritor: me escapé del asilo.



Aunque él mismo había arribado a suponerlo, sin embargo se sintió algo defraudado ante la confesión de ella.

También tiene usted razón respecto de mi edad; tengo dieciséis años.



A Edmundo le llevó unos segundos recuperarse.

Quiero conocer el mundo; quiero saber qué hay más allá de este bosque.

¿Por eso huíste?



Creo que es muy temprano para ti. Ya tendrás tiempo de...

¿Piensa usted denunciarme?



No; no había pensado en eso... todavía. Por ahora sólo se me ocurre que debería convencerte de que huir del asilo es una locura. ¿Volvemos?



Las costumbres originan hábitos, éstos a su vez condicionan las funciones y... Bueno, Edmundo no necesitaba en realidad hacer todo un razonamiento filosófico para darse cuenta de que tenía sueño. Hacía años que acostumbraba a dormir un par de horas hacia el final de la mañana.

Ella también se dio cuenta.

¿Tiene sueño?

Sí. Como trabajo desde muy temprano, a esta hora siempre suelo dormir una siesta.

Pues hoy también podrá hacerlo porque acabo de decidirme a regresar al asilo.

¿Me dices la verdad?

Sí. Creo que debo pensar mejor cuáles son mis motivos para escaparme. Así no le será fácil a usted convencerme de lo contrario en otra oportunidad.

Pero si todavía no lo había intentado siquiera.

Estoy segura de que lograría convencerme; por eso regresaré. Gracias por el desayuno...

Lejos de sentir alivio, Edmundo se sintió apesadumbrado. No obstante se acostó en el camastro que tenía junto a su mesa de trabajo y se obligó a dormir.

Y su sueño no fue apacible. Soñó que él era el leñador del bosque a quien Caperucita Roja (Silvina) le pedía auxilio, pero como él no había sabido salvarla del lobo y conducirla hasta la casa de su abuelita, ahora se veía acusado frente a un terrible tribunal que estaba por juzgarlo.

Se despertó cubierto de sudor antes de que aquel tribunal dictara la sentencia.

(Quizás deba acompañar a esa muchacha hasta el asilo.)

Se levantó y fue a abrir una ventana para refrescarse. Y allí, sentada al pie del árbol más próximo, estaba Caperucita.

No disimuló su alegría frente a aquella presencia.

Decidí regresar más tarde al asilo.

Bien, entonces yo te acompañaré luego.

¿Qué hace usted durante la tarde?

Continué escribiendo hasta el anoecer. Pero si tú estás aquí, puedo hoy...

Por favor, no deje de escribir. Le prometo que yo no lo molestaré. Puedo sentarme en ese sillón y leer un libro. Creo que... me hará bien estar un largo rato en silencio.



Aceptó. Dejó que ella eligiera su lectura en la biblioteca y se sentó a escribir.

(No creo que hoy pueda trabajar bien. Sin embargo quisiera continuar desarrollando la idea que esbocé esta mañana.)



Nunca había podido escribir ante la presencia de otra persona y no creía poder hacerlo otra vez. Comenzó por leer lo ya escrito.

("A veces, uno mismo se cierra a la felicidad.")



Desde hacía ya seis meses estaba escribiendo ese ensayo en el que trataba de indagar la naturaleza de la felicidad humana; era tan grande su entusiasmo que durante esos meses sus notas habían crecido aceleradamente y su pensamiento se había profundizado.

Había creído que no podría hacerlo, pero cuando se dio cuenta no sólo había continuado reflexionando sobre el tema sino que también había escrito ya cinco cuartillas. Satisfecho, se concedió un descanso.



¿Tomamos un café?

Silvina asintió; dejó su libro y se puso a recorrer el ambiente con curiosidad.



¿Qué quiere decir esto?

Esa es una frase de un filósofo llamado Nietzsche y está en latín. Quiere decir: "O hijos o libros."



-¿Y qué quiere decir? - insistió Silvina.

Quiere decir que quien tiene la vocación de ser escritor, difícilmente puede llevar una vida igual a la de los demás hombres, tener una familia, un hogar, hijos...



-No me gusta.

¿Qué es lo que no te gusta?

Lo que dice ese tal Nietzsche; creo que no puede ser cierto.



Edmundo se aplicó a su taza de café y comentó con amargura.

Yo tampoco quise creer que eso fuera cierto; pero luego tuve que aceptarlo. Por eso es que vivo en este lugar apartado y solitario.



Silvina se quedó sin hacer preguntas pero él siguió explicando.

Una vez estuve enamorado. Fue hace ya tiempo; yo era muy joven y acababa de publicar mi primer libro.



Fue un tiempo en el que yo andaba como por sobre las nubes. La búsqueda de empleos, de dinero, de departamento me requerían y yo cedía cada vez más.



Hasta que un día me di cuenta que hacía ya un año que no escribía una palabra y me sentí muy mal. Entonces, volví a encerrarme en mi habitación durante diez horas diarias y me puse nuevamente a trabajar.



Aquella era mi vocación; escribir era lo único que yo sabía hacer en la vida y necesitaba hacerlo para ser yo mismo. Pero... no fui comprendido y... me quedé solo.



Edmundo había hablado con emoción y vehemencia. De pronto se dio cuenta de que Silvina estaba conmovida por su relato.



Perdóneme, chiquilla; no debí contarte esta triste historia.

Sí, es triste; la soledad también lo es. Pero creo que a pesar de lo que a usted le sucedió, lo que dice este cartelito no puede ser verdad.



No quiso volver más sobre el tema y continuó escribiendo. De vez en cuando levantaba la vista y se encontraba con la presencia de aquella muchacha frente a sí. No pudo dejar de advertir que sentía cómo un subterráneo bienestar le pobla el alma.

Café ya la tarde cuando Edmundo guardó la lapicera.

Bien; comeremos algo y luego saldremos hacia el asilo. Por el sendero de los cazadores llegaremos en menos de una hora.



Cuando Silvina vio que Edmundo sacaba huevos de la heladera, se acercó solícita.

Debe tener usted el hígado a la miseria. ¿Me deja preparar la cena a mí?



Hasta ahora nunca me han hecho mal los huevos. Pero, ¿tú sabes cocinar?



En instantes, la muchacha se había afeitado de la situación y la cocina había adquirido un aire más cálido, más acogedor.



Si no te importa, iré a nadar un rato.

También eso acostumbraba Edmundo a hacerlo cotidianamente. La natación y las largas caminatas le permitían mantenerse ágil y liviano.



Pensando que Silvina tal vez demoraría un par de horas en hacer una sopa, se entretuvo bastante en el agua.

(Hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie que me siento extraño.)



(Habrá que comer rápidamente porque pronto se hará de noche y aún tenemos que llegar hasta ese asilo.)



Pero una sorpresa lo esperaba en su cabaña. O varias.

(¡Se ha marchado!)



Tomó el papel y leyó:

"No quiero ser una molestia para siempre. Regreso sola; no tema. Buen provecho y permídenme la tresvatura del cuadrito."



Aprensivamente se acercó al cuadrito en donde estaba la frase de Nietzsche. Sobre el vidrio, Silvina había pegado un papellito en donde se leía: "Si tienes hijos, escribirás mejores libros."

Chiquilina...



La ocurrencia le causó gracia. Pero luego, cuando estaba gustando el exquisito plato que preparara Silvina, Edmundo creyó sorprender en su espíritu una sombra de duda.

(¿Y si tiene razón?)



Tampoco pudo dormir bien por la noche. Los sueños del tribunal y de la terrible sentencia lo acosaron. Se levantó como siempre antes de la salida del sol, pero aquél fue un día vacío. No pudo escribir una sola cuartilla y ni siquiera comer su revuelto de jamón y huevos. Había algo en su corazón que lo inquietaba.

Al día siguiente, pudo recuperarse y volver a escribir. Se había impuesto no pensar más que en aquel ensayo pero, al atardecer...



¿No está demasiado enojado conmigo?

Con una sonrisa le demostró que no lo estaba y, también, que se alegraba de volver a verla.

¿Te has escapado nuevamente?

No; la celadora me da permiso para pasear por el bosque.



Por supuesto que él no creyó aquella mentira, pero como le agradaba la presencia de Silvina, no hizo más preguntas. Y aquella presencia se fue repitiendo todas las tardes: ella llegaba y se sentaba a leer mientras él escribía.



Así pasaron varias semanas hasta que un día, mientras tomaban una taza de café, Edmundo sorprendió la mirada de Silvina.

(¡Oh, cómo no me di cuenta...!)



(Esta muchacha está enamorada. Se ha enamorado de mí y me siento responsable por no haberlo previsto. ¿Qué puedo hacer ahora?)



Como de todos modos desilusionaría sería doloroso para la muchacha, pensó que debía hacerlo de la forma más terminante posible. Esa misma noche escribió una carta a la ciudad.



Y dos días después, Silvina llegó a la cabaña como siempre, pero al abrirse la puerta...

Hola. ¿Tú eres Silvina, verdad? Edmundo me ha hablado mucho de ti.



Yo soy Mercedes, la esposa de Edmundo.



No pudo hablar más. Una mano invisible se aferró a su garganta y comenzaron a desbordarse los ojos. Sólo atinó a realizar el único movimiento posible: correr.



Pasaron algunos días. Días de intranquilidad para Edmundo que no podía perdonarse la crueldad que había cometido. Era tal la opresión de su alma, que decidió hacer una visita.



-¿Qué desea? -preguntó la celadora con voz poco amistosa.

Quisiera hablar con una pupila.



Eso es imposible: tiene que tener permiso del juez de menores.

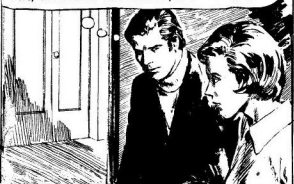
La voz y el ambiente de la mujer se suavizaron.



Pero la señorita Silvina no es pupila sino profesora del asilo. Acompáñeme que lo conduciré hasta ella.



(Otra de las mentiras de la muchacha. Seguramente dijo llamarse Silvina por emulación con una de las profesoras. Pero, en fin... Una vez adentro se puede aclarar todo.)



Lo hicieron aguardar en una pequeña salita y esperó largo tiempo. Cuando oyó abrirse la puerta se dio vuelta y...

Lamento haberlo hecho esperar; pero quise cambiarme antes para retomar mi verdadero aspecto.



Edmundo se quedó mudo; cuando pudo articular alguna palabra, tímidamente preguntó:



¿Que es...esto?  
¿Una broma...?

No, estimado amigo; sólo es un equívoco. Un equívoco que se transformó en juego y luego... Como en todo juego, quien no sabe jugar sale perdiendo.



Usted no me creyó cuando le dije mi nombre, mi edad. Mi aspecto le hizo pensar que yo era una pupila prófuga de este asilo y a mí me pareció divertido el equívoco.



Soy profesora de gimnasia de aquí y suelo vestir el mismo uniforme que las muchachas para mis clases. También acostumbro a hacerme esas horribles trenzas para tener libertad de movimiento.



Aquel día estaba yo paseando verdaderamente por el bosque cuando descubrí su cabaña. Me acerqué por curiosidad, también, atraída por el aroma del café que usted acababa de hacer.



Luego se produjo el equívoco y éste se transformó en juego. Pero, como le dije, soy mala jugadora porque no supe perder. Creí que aquel amor del que usted me hablaba había muerto y me equivoqué.



Edmundo vaciló.

Efectivamente, aquel amor murió ya hace mucho.

No importa si es el mismo. El hecho es que yo no sabía que usted era casado y... me enamoré.



No estoy casado, Silvina. Mercedes vino a la cabaña a representar ese papel a pedido mío para desilusionarla a usted. Mercedes es mi hermana, que vive en la ciudad.



Por un momento, los ojos de Silvina estallaron de asombro y felicidad; pero luego volvieron a ensombrecerse.

¿A qué vino entonces aquí?



No sé. Me había quedado un gran remordimiento por aquella farsa y quería... No, no sé a qué vine.

Tal vez a traerme caramelos para que me consuele.



No sea cruel, Silvana. Yo pensaba que usted era una chiquilla, una inquieta adolescente. Si hubiera sabido la verdad, entonces mi espíritu se hubiera liberado y sabría qué decirle ahora.



Nuevamente los ojos de Silvana se aferraron a una esperanza.

Ya sabe usted la verdad, Edmundo. ¿Acaso es tarde?

No; para lo que tengo que decir no pasa el tiempo.



Salieron al parque del asilo. Diáfano, el aire estaba cargado de perfumes silvestres.

¿Qué puede decirme ahora?

Que una parte de mí ser supo siempre la verdad.



Ahora comprendo esa paz, ese sosiego que yo experimentaba cuando usted estaba presente. Igual que yo, mis sentimientos estaban engañados respecto a usted y ni yo mismo los conocía.



~Sus sentimientos ahora saben que no soy una niña.

Sí; también saben que nos hemos reencontrado en el camino del amor. Ese camino que yo creía que ya no volvería a transitar.



Los pajaros se apresuraban hacia las copas de los árboles para pasar allí la noche ya próxima. El bullicio que producían era como un canto de alegría que flanqueaba el paso de aquellos dos paseantes que acababan de confesar su amor.



¿No tienes ningún temor?

No; si tú amas verdaderamente también amas mi vocación. Seguramente seguiré escribiendo libros.



En estos días, he leído todas tus obras. Sí, yo también quiero que sigas escribiendo. Pero, tengo sin embargo un temor: esa frase de Nietzsche...



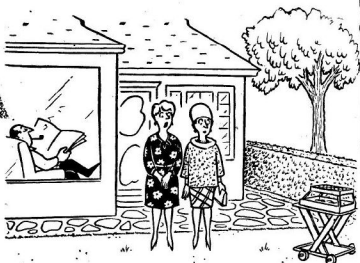
~Ninguna frase podrá nunca destruir el amor, Silvana.

**AUT LIBERI  
AUT LIBRI**

*Si donas libros,  
escribirás mejores libros.*

**FIN**

# SONRÍA



-Carlos estaba a punto de construir una piscina cuando le agarró el dolor de espalda...

## SEA Ud. UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO  
EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE  
AMBOS SEXOS, DEL PAÍS Y DEL EXTERIOR  
Cursos de:

Electrónica Superior  
Radio y Televisión  
Matemáticas Superiores  
Motores a Explosión y Diesel  
Química Industrial - Explosivos  
Pirotecnia - Tecn. Textil  
Construcciones - Hormigón.  
Organizador de Empresas.  
Director Comercial Marketing  
Réditos e Impuestos Generales  
Contabilidad - Periodismo.  
Martillero Público (con licencia  
prof. Legalmente otorgada)  
Ingreso a las Facultades  
Dibujo - Decoración - Pintura  
Historietas - Caricaturas  
Inscripciones anuales limitadas

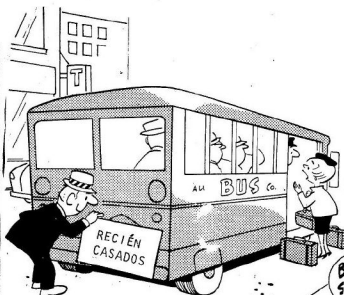


Pida informes, citando Curso que le interesa

"United Technical Institutions"  
—DPTO. DE INFORMES—  
CASILLA CORREO CENTRAL 5099  
BUENOS AIRES

Nombre .....  
Calle y N° .....  
Localidad .....

INT



-Ya viene mi esposo...

# JOHANA, LA SUECA

Por PAULA MARIN



Dibujos de KLACIK

Acaso le gustaban nuestros veranos porque los de su tierra duraban muy poco. La casa rodante era de ella. "Es mi solución", decía, "porque Lorenzo viaja tanto que nunca podríamos tener un verdadero verano..."

Me muero de sueño. Ustedes quédense, si quieren, yo me voy a dormir.

-Mejor nos vamos a dormir todos, Johana. El día ha sido largo y agotador. ¿Verdad, Lucas?

¡Sí, Lorenzo. Ellas nos avisarán cuando estén metidas en sus cuchetas para que entremos nosotros.



Era una especie de reglamento tácito: las mujeres se ponían primero sus pijamas y se acostaban, cerraban la cortinita que separaba ambos lados del habitáculo y luego entraban ellos.

¡Hasta mañana todo el mundo! Que soñemos con los angelitos.

Un momento después se oían los leves ronquidos de Lorenzo.

Entonces Lucas cumplía su ritual de costumbre. Sacaba el brazo, atravesaba la cortinita y buscaba la mano de Delia.

Aún no duermes, ¿verdad?

¡Hum! Parece que sí, que Delia duerme esta noche. ¿Debo dejar que Lucas quede con la mano vacía?



No, aún no duermo...

¡Johana! ¿Qué es esto?

Nada. Me pareció una pena que te quedaras sin salud. Me daba lástima tu mano solitaria. Buenas noches, Lucas.

(La gente suele decir algunas cosas de las suecas. Y ella lo es. Debí hacerlo para bromear. Quiere a Lorenzo y no debo pensar mal.)

¿En qué piensas, Lucas?



En Delia. Está extraña. Casi tuve que obligarla a venir al camping este fin de semana. Ayer apenas me habló y anoche...

¿Van a quedarse ahí todo el día? ¡Vengan a nadar, el agua está espléndida!

Andá vos. Yo no tengo ganas, Lorenzo.

¡Andá a buscarlo y obligálo a venir!

¡Que haga lo que quiera, Johana!

Los ojos verdes de la muchacha sueca se pusieron serios. Salí del agua y fue otra vez su mano la que tomó la del muchacho solitario...

No te mostrés apático, Lucas. ¡Actúa! Vení conmigo al mar, sonreí, como antes, cuando eras un tipo divertido y feliz.



Te preocupás por tonterías. Yo la veo como siempre a tu novia.



¿Es que no te das cuenta de lo que pasa con Delia?

¿No te sirve de nada haber estudiado psicología en tu país? ¡Ella está separándose de mí!

¿Sí?



Regresaron a Buenos Aires esa tarde. La playa solitaria de Punta de Indio quedó atrás. Lorenzo debía viajar con su padre (por negocios, siempre por negocios) a Lima, el jueves...

Y se me ocurrió despedirlo así, con la cena de esta noche. Te espero en mi casa a las nueve, con Delia.



De acuerdo, Johana. La llamaré y se lo diré. Estaremos allí.



No quiso marcar enseguida el número de su novia. Tenía una especie de vago temor, o un auténtico miedo...

(Desde el domingo no he vuelto a verla. Sigue rara. Apenas respondió con evasivas mis preguntas telefónicas...)



(¿"Pasa algo malo?"... "No pasa nada"... "¿Hay alguna cosa que te moleste?"... "Vos nunca hacés nada que me moleste, Lucas..." "¿Alguien llama a la puerta.")

"Alguien llama a la puerta."



¡Hola! Justamente iba a telefonarte. Johana nos invitó. Despede a Lorenzo con una cena en su casa...

¿Te importaría ir solo?



¡Seguro que sí! Pero, ¿por qué? Simplemente porque yo no iré.



Cuando la dio vuelta y la tomó de los brazos los dos temblaban. Pero en la mirada de él sólo había asombro. En la de ella indiferencia, frialdad y hasta algún centímetro de desprecio.

Dejé de quererte, Lucas.



¿En qué fallé?

En todo, o en nada; no lo sé.



Viví exclusivamente para vos desde que fuimos novios. Te llevé donde quiera que fuí. Te incluí en todos mis planes de futuro...

¡No sigas informándome lo que conozco muy bien!



A lo mejor fui yo la que fallé. Adiós. Prometeme una cosa: no hablarme, no llamarme, volver la cabeza si nos cruzamos en alguna parte. Y discúlpame con Johana y Lorenzo.



Cuando cerró la puerta y lo dejó solo, el estudio se le volvió inmenso, como un mar de sombras en el que podía morir ahogado. Ya no pudo volver a trazar líneas o calcular costos de obra. El arquitecto estaba tan derrotado como el hombre.

¿Estás segura de haberle dicho que era a las nueve?

¡Segurísima! Lo peor es que la comida se enfriará y quedará hecha un desastre. Son casi las diez, Lorenzo.

Lo raro es que Lucas no avisara por teléfono si sucedió algo.

¡No sucedió nada! Su auto acaba de parar en la calle.



¿Y ahora qué? ¿Cómo hacer nada sin vos, Delia?



Disculpáme si tardé.

No es nada. ¿Y Delia?



Primero quiso inventar una excusa, buscar una mentira. Pero después las palabras escaparon a su control. Se hundió en un sillón y confesó la verdad como un acusado que no soporta la conciencia...



Me dejó. Se fue. Ya no me quiere.

¿Qué se puede decir en un caso como éste, Johana? No se me ocurre nada. Mi mejor amigo tiene un grave problema y no sé consolarlo. ¿Sirve de algo tu psicología?



No lo sé.

La comida quedó intacta. Y Lucas se marchó a medianoche, cuando ya el silencio de los tres se volvía insostenible. Pero en la mañana del jueves...



¡Hizo caso a tus ruegos y vino a despedirte, Lorenzo!

¡Perdí una novia, pero aún me queda un amigo! ¡Buen viaje y suerte, viejo!

Hubiera sido la primera vez que me iba sin tu abrazo, Lucas.



Y sin pedirte lo que en todos mis viajes: cuidá a Johana durante mi ausencia.

Lo haré.



Se va triste. Por vos.

Lo sé. Me quiere como a un hermano. Y casi lo somos.

Eso lo advertí enseguida cuando los conocí, hace un año. ¿Te acordás?

Sí. Estábamos en el club. Lorenzo me preguntó cuando pasaste con la raqueta de tenis en la mano: "¿Me miró a mí o a vos?"



"A vos", le dije, "A mí sólo puede mirarme Delia". Entonces fue, te habló y al mes eran novios.

Por esa época vos y Delia eran felices, ¿no?



No respondió. Siguió guiando - silencioso hasta que estuvieron frente a la casa de ella...

¿No entrás a tomar un café? Te aseguro que no es el que tuve que tirar anoche, porque ni siquiera eso pudimos tomar.



Prefiero irme, Johana. Tengo que hacer en el estudio.

Mentiras. O una verdad por la mitad. Tenía que hacer, pero lo que no tenía eran ganas. Pasó las horas con los ojos clavados en el teléfono...

(A lo mejor fue una broma lo de Delia. Tal vez llame y me diga: "¿Lo tomaste en serio, tonto?")



(O quizás venga a decirme...) )



¿Vos? Sí. Quise saber cómo estabas. Pero si te molesta me voy.



La hizo entrar y esperó el consejo. "Olvídala, Lucas. Es lo mejor que podés hacer. Si ya no te quiere, como dijo, no podés aferrarte a una esperanza inútil..." Pero Johana no actuó como una consejera...



Es la primera vez que estamos solos aquí, ¿no?

Creo que sí. Solías venir con Lorenzo. Y, cuando él andaba de viaje, venías con Delia.

Delia, siempre Delia. ¿Juraste nombrarla a cada rato? ¿Te sirve de algo? En mi país suelen decir...



"Si has perdido lo que querías, busca querer otra cosa."

Sucede que no nací en tu país, Johana



Eso es muy cierto. Los muchachos de allá se dan cuenta enseguida cuando una chica se interesa por ellos.



Llárame esta noche si te sentís muy solo, Lucas. Yo estoy segura que voy a sentirme así: sola, absolutamente sola.



Cuando se acostó, sabía que sería en vano. No pudo dormir. No por el desamor de Delia, sino por esa actitud inesperada de Johana...

¿Qué trató de decirme? ¿Está impulsándome a traicionar a mi mejor amigo? ¿Puede ser tan canalla?!



¿Puedo serlo yo?!



¿A esta hora quién puede ser?!



Si, soy yo, no te asombres tanto. ¿Podés dormir?!



No, Johana.



Yo tampoco. Quería decirte. Al menos comenzamos a tener algo en común.



Cortó antes que él pudiera decirle nada. Y al día siguiente, viernes, apareció sonriente, hermosa, cuando Lucas dejaba su estudio y el atardecer teñía con nubes rosadas las telas de la noche nueva.



¿Qué hacés aquí?!

-Tenía ganas de tomar una copa melba, grande, en "Oriente", esa heladería de Avenida del Libertador.

¿Estás loca? Delia suele ir allí cuando deja su oficina.



¿Y qué? ¿No te dejó solo?!



Si, Delia estaba cuando entraron. El cumplió su promesa y no la saludó. Johana no había formulado promesas...

¡Hola!



Hola. ¿Y Lorenzo?!

De viaje, como siempre. Y Lucas ya lo ves: cuidándose, también como siempre.



La copa melba le pareció amarga a Lucas. No sacaba los ojos del piso.

¿Qué va a pensar? ¿Qué pensaría Lorenzo si supiera que vos...?!

¿Qué yo qué? ¿No es cierto que me cuidabas en sus ausencias? Probá mi helado. ¡Está riquísimo!



-Es distinto esta vez, Johana. Antes salíamos con Delia. Siempre con Delia. Y ahora estás tratando de...

De decirte una cosa que te cuesta entender: me gustás, Lucas.



Mucho, si debo ser sincera. ¡Muchísimo, si debo adelantarme al porvenir!



Casi no le dije adiós cuando la dejó frente a su casa. Descolgué el teléfono esa noche. Pero tampoco dormí bien. El sábado fue al club por la tarde. Y allí estaba.

(¡Delia jugando con otro...! Uno a quien no conozco. ¿Acaso es esa la razón de su desamor? ¿Por eso no se molestó mucho ayer?)



¡Por fin llegaste! Estaba esperando.

¿Para jugar tenis? No tengo ganas, Johana. Tenía pero se me fueron hace un rato, cuando vi a...



¿A tu ex-novia muy entretenida con ese apuesto y nuevo socio? Yo no te esperaba para el tenis, Lucas...



...sino para que me llevaras a remar al lago, entre la sombra acogedora de los sauces.



¡Cuidado!



El aviso llegó tarde. La pelota rebotó en la mejilla de Delia. Su compañero se acercó, pensando que el dolor le brotaba del golpe...

Lo siento. No advertí que usted se distraja. ¿Duele?



¡Seguro que duele! ¡Y muy hondo!

Permítame llevarla a la enfermería y...

¿Quién dijo que necesitó ir allí?



(Como dos tórtolos, aprovechando las circunstancias. ¿Puede Lorenzo ser tan idiota? ¿Puede serlo yo...?)



¿Qué te propones en realidad? Hablé, Johana. Sabía algunas cosas de las suecas, pero no pensé que vos...

Debiste pensarlo. Y en cuanto a mi propósito... ¿no lo adivinas?



Era Delia la que estaba adivinando. Furiosa, bajo la ducha que no conseguía aliviarle la rabia...



(Mañana, o esta misma noche, irán con la casa rodante. A cualquier sitio solitario... ¡Misérambles los dos!)

Mañana me gustaría...

¿Ir con la casa rodante y conmigo a alguna parte? ¡No! Eso no, Johana. Ni eso ni nada.



¿Quién habló de la casa rodante? Yo me refería al cine. Hay una película que quiero ver, y a lo mejor la sacan de cartel cuando Lorenzo vuelva...



¿Con qué cara lo vas a mirar cuando vuelva?

Con la misma de siempre.

¿Es posible que seas tan... tan...?



¿Es posible que seas tan, pero tan tonto? Estoy ayudándote a vencer la soledad, a recuperar el amor que nunca mereciste perder.

No es esta clase de amor lo que necesito. Desde mañana no te "cuido" más, Johana. Lo siento.



Pasó el domingo solitario, hundido en el silencio de su casa. Y el lunes regresó al estudio. La cabeza le parecía un torbellino. El cálido perfume de Johana lo perseguía como una culpa...

(¿Por qué me eligió a mí? Justamente a mí, el mejor amigo de Lorenzo. El ni siquiera debe sospechar que...)



TOC  
TOC



(¡Aquí está otra vez! "¿Pensabas en mí?", preguntará. "Yo sí", dirá al verme mudo. Y rodeará mi cuello con su mano, aquella mano que en la casa rodante, en Punta de Indio, yo confundí con la de...)



¡Delia!

Comprendo tu asombro, Lucas. No me esperabas a mí, ¿verdad?



Habíamos hecho una promesa. "No... hablárnos, no mirárnos si nos cruzáramos..."

Pero nos cruzamos, dos veces. Y en las dos estabas con Johana, la novia de tu mejor amigo. Te suponía más noble, ¿sabés?



Quiso decirle que él no había hecho nada. Que se limitaba a soportar... Pero ella no lo dejó...

¿Desde cuándo vos y ella...?

¿Te importa?



En absoluto. Me apena, que es distinto. Por la imagen de vos que está borrándose de mi recuerdo. Por lo que creí que eras y no sos.

Desculpáme, debo atender el teléfono.



¿Lorenzo? ¿Cuándo llegaste? Sí, claro... Tu padre adelantó el regreso al concluir sus negocios... ¿Cómo van mis cosas? Bien... o mal, no lo sé... Esperá.



¡Delia!

Adiós, Lucas. Vos y yo nada tenemos que decirnos ya.



Sí, Lorenzo, te escucho... No pasaba nada. Sólo un cliente que se iba... ¿Cómo se portó Johana durante tu ausencia? Bueno, creo que bien, como siempre... Sí, te veré una noche de éstas.



El taxi dejó a Lorenzo y a su padre frente a la casa...

Entrá, papá, yo me encargo de las valijas.



¡Delia! ¿Qué hacés aquí? ¿Cómo supiste que llegaba hoy?

No importa cómo, Lorenzo. Quiero, necesito hablarte.



Quiso que entrara, y ella no. Se quedaron afuera. Uno frente al otro. Pero las palabras le costaban a Delia...

¿Y bien? ¿Estás arrepentida de lo que le hiciste a Lucas y querés que yo busque el medio de amigarlos? ¿Es eso?



Es otra cosa, Lucas ha estado saliendo con Johana durante tu ausencia.

-Yo le pedí que la cuidara.

Creo que hizo algo más. Muy juntos en el lago del club, como atorlados... Y eso lo que yo vi. Imagino todo lo que pudo pasar lejos de mis ojos, y los tuyos.



Divagás. Lo que pasa es que todavía lo querés y...

¡Lo odio, Lorenzo! ¡Con toda mi alma! Debés hablar claro con él. No merece tu amistad.



Cuando le dijo adiós, Lorenzo era un hombre inseguro. La incertidumbre le desbordaba la piel. No le avisó a Johana que iba a su casa esa noche...

¿Cuándo volviste?

¿No te lo dijo Lucas? El lo sabía. Fue al primero y al único que llamé desde el aeropuerto.



Pero a quien vi fue a Delia. Me esperaba en la puerta de casa esta tarde. Me contó algo extraño, Johana.

¿Se lo creíste?



El sábado Delia estaba en el club. Esperaba algo sin saber qué. Cuando vio llegar a Lucas fingió no darse cuenta...

(Está solo. Algo debió pasar. Me muero por saber qué, pero por nada del mundo se lo preguntaría a él.)



Adiós, Delia. Hace un hermoso día, ¿no?



Adiós... ¡Juntos como antes, como si nada hubiese pasado! Lorenzo y Johana del brazo y hacia el lago...



(Y Lucas indiferente, como si tampoco hubiese pasado nada. ¡Ahora sí que me muero por saber algo! Y lo sabré.)



Se acercó resuelta. Arrimó la silla y se sentó a su mesa. "Hola", dijo Lucas, como indiferente...

¿Los viste pasar? Deben estar remanando juntos, ahora, arrullándose bajo la sombra cómplice de los sauces...



¿Y qué? Son novios, ¿no?

Pero cuando Lorenzo no estuvo, vos y Johana... Ella es sueca, lo sé. Tienen costumbres distintas a las nuestras, pero él... ¡El no es sueco, Lucas!

Yo tampoco, Delia.



¿Viniste a decirme eso o algo más importante? Por ejemplo: que me extrañas tanto como yo. Y que te sentís muy sola...

¡Lucas!



Se asombró, pero no retiró la mano que él le apretaba, con la suya, temblorosa. Ella también comenzó a temblar cuando preguntó:

¿Tenés el coraje de decirme eso después de lo que pasó?



No pasó nada. Johana y yo simplemente nos consolamos de una misma soledad.

Ahora decíme si me equivoco al pensar que me dejaste para probarte si de verdad podías vivir sin mí.

Algo de eso hay. Yo me sentía... me siento... ¿Es verdad que entre Johana y vos no pasó nada?



Lorenzo detuvo el bote bajo un sauce, Johana se sentó en su mismo asiento, se apretó a él y cuando el otro bote los cruzó dijo:

¿Te das cuenta ahora? Ella necesitaba una prueba. Lo sabía tan fiel y consecuente que llegó a suponerlo incapaz de interesar a otra mujer. La psicología enseña que, a veces...



... cuando no hay motivos para los celos, el amor tambalea. "Ahora volverá a vos", le dije a Lucas cuando le conté el por qué de mis actitudes. "Debiste avisarme desde el principio", dijo él. Y le respondí que no, porque entonces no hubiese sabido fingir.



Ni yo lo hubiese consentido. La prueba resultó también para mí, Johana. Te creí perdida y resolví no viajar más, para no dejarte sola.



Harás muy bien. Ya no habría nadie para culdarme. Por un tiempo largo habremos perdido un par de buenos amigos.



De acuerdo, no haré más preguntas sobre lo que pasó, pero prometerás algo, Lucas.

¿Qué?



No volverás a verla. Con las suecas una nunca sabe a qué atenerse.



FIN

# ALÉGRESE



- ¿Has notado que Carlos está usando el pullover que le tejiste para su cumpleaños, mamá?



- ¡Por amor de Dios! ¿Qué decía la tarjeta?

## aprenda

en su casa  
por correo

# dibujo

con  
**Continental Schools**

*¡No importa su edad!*

Basta saber leer y escribir para obtener resultados asombrosos con nuestro acreditado método de instrucción. Un Curso que Ud. puede aprender sin moverse de su casa y una Profesión que podrá desarrollar luego en su hogar utilizando su tiempo libre o si lo desea, en Agencias de Publicidad, Editoriales, Canales de T.V. etc. realizando **ANUNCIOS PUBLICITARIOS, FIGURAS FEMENINAS, DIBUJOS ANIMADOS, HISTORIETAS, CARICATURAS**, etc.

**GAÑE DINERO MIENTRAS APRENDE**

Complementando su aprendizaje, recibe desde el primer mes valiosas instrucciones especiales con "Ideas para Ganar Dinero", donde se describen infinidad de fáciles tareas para realizar en su tiempo libre, mientras estudia.

**Dibujante:**  
una profesión  
para ganar más  
y disfrutar  
de la vida



**GRATIS**  
SOLICITE FOLLETO  
HOY MISMO



**GRATIS**  
NUESTROS ALUMNOS RECIBEN  
GRATIS ESTE VALIOSO EQUIPO  
PROFESIONAL

**Continental Schools** - Sect. 2081  
Avda. de Mayo 784 - Buenos Aires  
DESEO FOLLETO GRATIS DEL CURSO DE DIBUJO

Nombre \_\_\_\_\_  
Dirección \_\_\_\_\_  
Ciudad o Pueblo \_\_\_\_\_  
Prov. \_\_\_\_\_ F.C.N. \_\_\_\_\_ edad \_\_\_\_\_

# EL REGRESO DE DANIEL

Por CARLOS RUIZ



Mi hermano llegó hoy.



Es raro el sentimiento de ver a alguien luego de cinco años. Cinco años. Más de mil ochocientos días. ¿Cuánto cambia un hombre en ese tiempo?



Durante cinco años Daniel no había sido más que un hombre, unas cartas y por fin el silencio, hasta que...

(Hizo falta que mamá muriera para hacerlo volver.)



Y tuve rabia contra él, contra ese desconocido que volvía. Una rabia justa o injusta, no sé, pero sólida y latiente como una burbuja de sangre. No recordaba nada de él excepto su risa y su cuerpo de atleta.



(¿Dónde ha estado estos años? ¿Qué ha hecho?)



¿Crees que lo reconocerás, Jorge?

Espero.



Teresa está nerviosa y excitada. Ella está siempre nerviosa y excitada como si el ritmo de su cuerpo no bastara para dar salida a toda su energía. O tal vez se deba simplemente a sus veinte años y a su carácter caprichoso, encantador y despótico.



Allí bajan.

Lo reconocí. No porque guardara algún recuerdo de él sino porque era diferente de los otros. Porque caminaba solo y sin mirar hacia ninguna parte.



Es él.



Teresa se aquietó. Nos quedamos mirando aquella silueta alta que entraba en la aduana.

¿Cuánto hace que no lo ves?



Años.

¿Y no les escribí?



A veces. Cuando mamá murió tuvimos que contactarlo por medio de la embajada. Así supimos que estaba en Hong Kong.

¡Me encantaría conocer Hong Kong!

Pava.



Daniel.



Me saludó con la cortesía reservada a un desconocido. Se veía muy enigmático, muy bronceado, muy lejano. Pero eran sus ojos lo más inquietante. No tenían ni vida ni interés ni nada. Simplemente miraban...

Hola, Jorge.



Te presento a Teresa.

Hola, Daniel. Me hablaban mucho de vos.



Lo cual es mentira. Nunca hablamos de Daniel en la familia, después que él se fue. Hay muchas cosas a recordar.

Vení. Tengo el coche afuera.



Teresa hierve de curiosidad. Olfatea que hay algo raro en esta recepción del hermano pródigo que regresa al hogar pero ni Daniel ni yo hablamos.

¿Así que estabas en Hong Kong? ¿Cómo es allí? ¿Cómo son los chinos?



Amarillos.



¿Y la ciudad?

Gris.



Esto hace que Teresa se repliegue irritada en sí misma. Por el espejo retrovisor miro a Daniel. No me da la impresión de que hay querido burlarse de ella. Más bien parece que hubiera dicho lo que piensa.



Mi padre no sonrió al verlo. Los dos se miraron un largo rato y...

Sentáte.



Vení, Teresa. Creo que será mejor que los dejemos solos un poco.

Pero...



No entiendo. ¿Nadie está contento de que tu hermano esté de vuelta?

Menos averigua Dios y perdón, mocosa.



No me llames mocosa, hombrequito. Después de todos vos el que me anda detrás, ¿no?



Eso habría que discutirlo.

Me gusta Daniel. ¿Lo traés a la fiesta de Angel?



No sé si...

Sé bueno, tipo desagradable. Sé bueno.

Ufa... Por mí... Si él quiere...



En ese momento la puerta se abrió y Daniel vino.

¿Me mostrarás mi cuarto? Esta casa no la conozco.



Mi padre estaba de pie en el marco de la puerta y lo observaba. Parecía más envejecido que nunca y sentí rabia contra este intruso que venía a sumar otra tristeza a las que ya se habían abatido sobre él.



Vení.

Aquí. ¿Te conviene o no?



Me miró un momento. Mi tono era provocador y sólo quería una excusa para golpearlo. No dijo nada y comenzó a desvestirse.



¿Nunca decís nada vos?

No vale la pena que diga nada. Vos, lo que querés, es una razón para pelearte conmigo. Y yo no quiero pelear.



¿Por qué? ¿Tenés miedo?



¿Miedo? Si esto te calma...

Se había sacado la camisa y de pronto me sentí ridículo al mirar ese torso formidable, donde los músculos parecían garrotes. Nunca había visto una tal fuerza física, latente, casi aterrante...



La rabia me cegó. Era su alma imperturbable lo que me sacó de mis casillas. Y olvidé su cuerpo de coloso.

¡No te hagás el santo! ¿Crees que me olvido de por qué te fuiste? ¿Crees que no sé la historia del robo?



¿Lo pasaste bien todos estos años con los millones que sacaste de la caja fuerte de la compañía de papá? ¡El tuvo que pagar esa deuda hasta el último centavo mientras que vos...!



Calmáte, Jorge. Te estás acalorando.



Salí dando un portazo. Yo lo odiaba. Durante cinco años había aprendido a odiarlo, a odiar el repetido: "Ah, ¿Su hermano, el qué...?" Y los silencios embarazosos.



¡Eh, tonto! ¿Le dijiste?

¿Qué cosa?



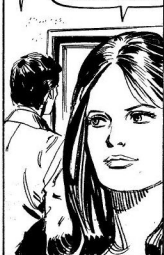
Lo de la fiesta...

Me olvidé. Decíselo vos si querés. Yo no tengo ganas.



De todas maneras no creo que acepte.

Veremos. Veremos.



Lo acompañé al día siguiente al cementerio, a la tumba de mamá. No llevé flores. Se paró un instante delante de la tumba.



(¿No llorás? ¿Nada? ¿No hay nada que te afecte?)



No lloró. No hizo ningún gesto.

Vamos.



Veo que la muerte de mamá no te hace ni fu ni fa.

No, Jorge. Lo que no me hace ni fu ni fa es la tumba. Ese masacote de piedra no es mamá. No.



Y no es aquí que voy a pensar en ella. Pensaré en mamá en un jardín o cuando oiga reír a los chicos... o cuando esté triste... o cuando esté feliz...



Aquí no. A mamá nunca le gustaron los cementerios.



(Pucha. ¿Qué le pasó al desgraciado? ¿Se le despertó algo?)



En los días siguientes casi no lo vi. Estaba todo el tiempo en su cuarto fumando o leyendo, nunca diciendo una palabra, como si fuera una sombra...



Hola, ¿puedo entrar?

¿Te acordás de mí? Vine a buscarte aquí porque como nunca se te ve afuera...

Ahí.



Mirá, voy a hacer un asado en la quinta de mis padres y estoy invitando a algunos amigos y quise pedirte que vinieras.

No soy un buen invitado. No sé divertirme.

No te diviertas entonces, pero vení. ¿De acuerdo?

Lo siento, pero...

¡Nada de lo siento o no lo siento! ¡Vení y se acabó! O si no te vengo a buscar y te llevo a la rastra. Además un poco de sol y de piscina no te hará mal.



Está bien.

¿Y? ¿Aceptó?

Ya lo creo, pero hay que sacarle las palabras con un tirabuzón.

(¿Y si hay alguien que sabe algo de lo que Daniel hizo? Habrá varios de los amigos de la familia allí...)



Beto Larroca estaba allí. Beto siempre toma demasiado. Es como una piedra que una vez que se la empuja no cesa de rodar. Al principio todo fue bien.

¿Te acordás de mí, Daniel?



Beto, ¿no?

Teresa estaba un poco rara. Miraba de lejos a Daniel y estaba callada, lo cual era puro y llanamente un milagro.

¿Qué te pasa?

Nada.



¿En qué...?

¿Qué sabés de la vida de Daniel? ¿Dónde ha estado?



Miré aquel cuerpo formidable tendido al sol junto a la pileta. Su musculatura monumental había provocado un torrente de curiosidad entre las mujeres y de irritación entre los hombres.

Nada. No sé nada.



Me alejé y busqué algo para tomar. Beto me hipó en la oreja.

Lindo físico tiene tu hermano, ¿eh? Se ve que ha estado viviendo bien estos años. También... los millones que...



Beto, calláte, ¿eh?

Está bien, che. No te sulfurés.



Daniel estaba acostado boca arriba. Uno de sus tremendos brazos estaba alargado al sol y su mano estaba entreabierta...



¿Quién...?

Hola. Soy yo.



Tenés cara rara.

¿Sí? Sí. Me siento rara. No me divierto mucho. Eso es raro, ¿sabés?



Pero no sé... Desde que vos, has aparecido me siento muy, muy rara.



A Beto le gustaba Teresa y al verla allí, frente a Daniel, mansa, callada, tan sometida y tan extraña, reaccionó. Y reaccionó mal...

Che, Teresa... Si te ponés terna con Daniel es mejor que cuides la cartera...



Achicó los ojos enrojecidos por el vino y agregó:

El tiene la costumbre de mandarse a mudar con la plata ajena.



Le pegué un empujón tan brutal que lo arrojé por el suelo. Estaba ciego de cólera ante ese torpe ataque. Tal vez odiaba en él la bajeza de su insulto porque oscuramente sentía que yo también lo había orillado...

¡Te voy a...!



Quieto.



Lamento que la fiesta se arruine. Me voy.

¡Rompele la cara a ése, primero! ¿O lo vas a dejar así?



Lo voy a dejar así.



El silencio era total y la escena parecía haberse convertido en un tablado de cartón. La única figura que se movía con lentitud, indiferente a todo era Daniel. Recogió su camisa y su ropa y marchó hacia mi coche.

Préstámelo. Alguien te podrá llevar.



¡Espera, Daniel! ¡Voy contigo!



Por favor, no compliques más las cosas.

Dejáte de pavadas. Si esto estaba aburrido antes, ahora va a ser un funeral.



Esa noche cuando regresé vi luz en casa. Y sentí que algo se acercaba. Comenzó a llover. Una lluvia lenta, tranquila y copiosa que calaba hasta los huesos mansamente.



Pero...



Por favor... Jorge... Déjle que no se vaya...

¿Que no...?



Miré a lo alto de la escalera y comprendí. Un sentimiento bravo y malo se cerró como un lago negro sobre mí.

No. Que se vaya. Es mejor así.



Yo..., yo necesito que él se quede, Jorge.

No.



Daniel descendió. Mi padre venía con él y sorprendido vi que los dos se sonreían. La mano de mi padre estaba sobre su hombro. Esta comunicación secreta y tácita me enfureció más aún.

Adiós, papé.

Adiós.



Daniel...

Adiós, bonita. No pienses mucho en mí. Eso pasa...



Y vos, Jorge, ¿me llevás al aeropuerto?

¿No podés tomar un taxi?



Se encogió de hombros y con un último saludo salió, a la noche y a la lluvia. Papá se me acercó despacio. Tenía la cara triste y conmovida...

Cometés un error.



¿Un error? El ha disfrutado todos estos años con el dinero que robé de tu compañía. Sos vos el que tuvo que quedarse aquí y apechugar y pagar hasta el último centavo y...



Jorge, Daniel nunca robó nada.



Mi mente ocupada con el rencor pareció de pronto vaciada, fría, como una habitación desnuda...

No entiendo. ¿Cómo que Daniel no robó nada? El dinero...



No había dinero en esa caja, Jorge. Daniel lo sabía. El sabía que yo había invertido el dinero de mis socios en una empresa que quebró. Sabía que yo iría a la cárcel cuando se supiera.



Entonces él montó toda la trama. Hizo creer que había robado el dinero y cargó con toda la culpa. De esa manera me salvó y me dio la oportunidad de levantarme. Mis socios no hicieron la denuncia y me permitieron devolverles el dinero.



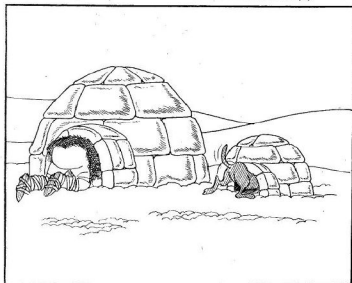
El nos salvó a todos. A vos, a mí, a tu madre..., pero lo perdimos a él...



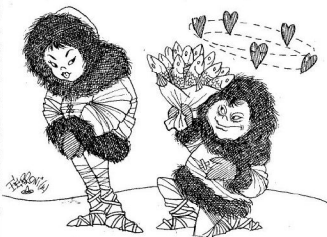
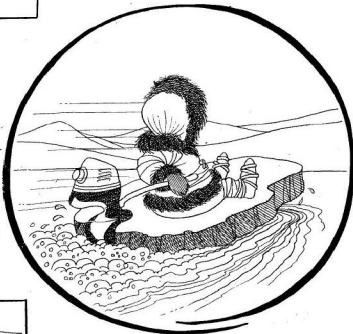


# VIVIENDO BAJO CERO

TEXTO: INES VILABOA  
DIBUJOS: FERROM(A)



-¿ Cómo te gusta el hielo, con o sin bebida?



# ¿ME FIRMA UN AUTÓGRAFO, BEATRIZ FUNES?

Por **EDUARDO B. COSTA**

Dibujos de ÁVILA

Se conocieron en una fiesta íntima. Su amigo Ricardo le dijo:

Vendrá Beatriz Funes.

Beatriz Funes era una bella actriz de cine a la que los últimos éxitos habían convertido en una "estrella".

¿De dónde conocés a Beatriz Funes?

La pregunta de Aldo Borzi hizo sonreír a su amigo Ricardo.

Lo que pasa es que vos nunca te movés de tu casa, Aldo. Estás metido en un cascarón.

Tu madre tiene razón. Si sigues haciendo vida de ermitaño terminarás, con el paso de los años, convertido en un solterón inaguantable.

Cuando Aldo estuvo frente a Beatriz Funes le pareció una mujer hermosísima. Además sin afectaciones. Hablaba con sencillez como si en verdad no se supiera tan famosa.

Como Aldo no sabía bailar conversaron toda la noche. Si bien Aldo Borzi era un industrial de renombre también le importaba el arte.

¿Se da cuenta? Me interesa más la literatura y la música que el acero, los altos hornos y los vaivenes de la bolsa.

Al día siguiente fueron juntos a un concierto. Se asombró Aldo de la popularidad que destacaba a Beatriz. Se cansó de firmar autógrafos.

¿No le incomoda tanto asedio?

¡Me encanta! Porque eso significa que el público me quiere.

Mientras se acomodaban para escuchar el principio del concierto, Aldo hizo una pregunta imprevista:

¿No dejaría por nada en este mundo su carrera de actriz?

Beatriz no tuvo tiempo para contestar. Había comenzado el concierto. A los tres días la actriz invitó a Aldo a que fuera a verla filmar.

Es un mundo que desconozco.

Ahora Beatriz hizo la pregunta imprevista:

¿Qué impresión tiene de ese mundo, Aldo?

Aldo, con delicadeza, escamoteó la verdadera respuesta.

Cuando lo conozca se lo voy a decir, Beatriz.

Las cámaras se acercaron a un primer plano. El personaje que interpretaba Beatriz debía besar al personaje que interpretaba Pablo Anselmi. Hubo un titubeo insólito. El director preguntó entre enojado y sorprendido:

¿Qué es lo que te ocurre, Beatriz?

Estoy cansada, nerviosa. Dame unos minutos de descanso para reponerme.

Beatriz y Aldo se miraron y hubo en el rostro de ella palidez y en los ojos de él tristeza. A la semana siguiente se encontraron en la casa de la madre de Aldo.

Es un placer para mí tener en mi casa a una bella actriz.

No pierdo película suya. Es usted un encanto.

Gracias, señora.

La distinguida señora miró a su hijo que se mantenía silencioso.

¿No te parece que Beatriz Funes es una gran actriz?

Claro, claro...

Después ella y él salieron a caminar por el parque de la mansión.

Ha impactado usted a mi madre.

Es una señora sensacional.

El jueves de esa misma semana la señora tomó el té con Beatriz.

Aldo es un excelente muchacho. Distinto a los de esta época.

Es el vivo retrato del padre, mi esposo, que Dios lo tenga en la gloria. Poco salidor, muy celoso y apegado siempre al pasado.

Ya me he dado cuenta.

¿Qué cree usted que piensa de las actrices?

Bueno... En fin... Mi marido no se habría casado conmigo si yo hubiera sido actriz.

¿Y el amor?

Entiendo lo que usted quiere decirme. Hubiera sufrido horrores, pero no se hubiera casado.

¿Qué habría hecho usted de haber sido actriz?

¡Hubiera abandonado mi carrera! ¡Amé con locura a mi esposo!

La madre de Aldo miró con ternura a Beatriz.

Me gusta mucho usted, Beatriz. Algún día me gustaría verla filmar.

Las revistas especializadas comenzaron a escribir sobre "las continuas salidas de Beatriz Funes con un acaudalado industrial de Buenos Aires".

¿Y esto?

Beatriz se puso nerviosa ante la irritabilidad de Aldo.

Los periodistas son terribles. Husmean, averiguan, persiguen, torturan...

Aquella fue una despedida fría. Aldo se marchó malhumorado y Beatriz preocupada. Cuando él llegó a su casa se encontró con un fotógrafo y un periodista.

Aldo los sacó a empujones. Después se enfrentó a la madre de mal talante.

¿Por qué les permitiste la entrada?

¡Y se meten en lo que no les importa!

Sabemos que usted "anda" con Beatriz Funes y queremos hacerle una nota con...

La señora no perdió su buen humor habitual.

Pensé que te gustaba la fama. ¿Acaso no sos el novio de Beatriz?

Aldo entrecerró los ojos. Giró para que su madre no lo viera emocionado. No dio ninguna respuesta. Mientras tanto en el set nadie dejaba de advertir...

¿Algo tiene que ver ese caballero industrial?

... la nerviosidad y hasta a veces la irritación de Beatriz. El actor Pablo Anselmi fue quien quiso averiguar lo que ocurría. Se encontró frente a una Beatriz impenetrable.



Ella contestó un desatino:



¡No me gusta que se metan en mi vida! ¡Déjame en paz!

El viernes por la noche fueron a ver en un cine de Flores una película de Beatriz. "Pasión volcánica" se llamaba el filme y era el último gran suceso de la actriz.

Mientras en la pantalla Beatriz protagonizaba una sentimental escena con el galán de turno, Aldo, nervioso, enojado le dijo muy cerca del oído:

No quiero que trabaje más en el cine.



De pronto se acercó una muchachita muy entusiasmada y esta vez en lugar de pedirle un autógrafo a Beatriz se lo pidió a Aldo.

Quiero tener el autógrafo del futuro esposo de Beatriz Funes.



Abatado Aldo garabateó algo que quiso ser su firma. Luego Aldo trasladó a Beatriz en su auto hasta la casa de la "estrella".

¿Por qué está tan silencioso?



Se produjo un largo y nervioso silencio. La habitual timidez de él lo había metido en un callejón sin salida. Ella también se sentía acalorada...

...como si toda la sangre de su cuerpo se le hubiera agolpado en el rostro.

¡Caramba!



No hubo respuesta. Después fueron a un restaurante. Hasta el mozo le pidió a la "estrella" el autógrafo de práctica.

¿Es que nunca la dejan tranquila?



Aldo detuvo su coche delante de la puerta de la casa de Beatriz ubicada en San Isidro.

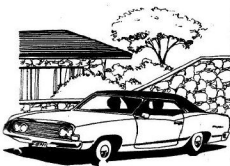
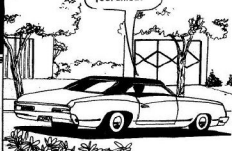
¡Me he enamorado de usted, Beatriz!



¡Caramba!

Por unos segundos Beatriz no supo decir más que...

¡Caramba!



Al día siguiente Beatriz entró al set como una sonámbula. Pablo Anselmi, el actor, la apartó de los demás que la miraban sin entenderla.

¿Estás enferma?

¡Me quiere! ¡Y lo quiero!

¡Por primera vez en mi vida estoy enamorada! ¡Y soy feliz, aunque...!

¿Qué?

Sin mirar a su madre Aldo explicó con voz nerviosa.

¡Estoy enamorado, mamá!

¡Albricias!

¡Pero tendrá que abandonar su carrera de actriz!

¡Epa! ¿Se lo dijiste?

Sí. Se lo dije.

¿Y qué te contestó?

Que lo iba a pensar. Y eso me da miedo. No vaya a ser que su carrera de actriz sea más importante que el amor que me tiene.

¿Y por qué no la dejas seguir siendo actriz?

¡No lo aguanto! Respeto todo ese mundo, pero no lo entiendo. Además quiero tener hijos... Y ella también.

Una actriz trabaja sin descanso. Y estudia. Y viaja. Y los reportajes. Y la publicidad con sus inventos. Y los autógrafos. Me da la impresión, mamá, que...

... Beatriz metida en ese torbellino no me pertenece por completo.

¿Y si ella decide seguir siendo actriz?

Significaría eso que no me quiere.

Me parece, hijo, que procedes con cierto egoísmo, con alguna dureza.

Muy enojado, Pablo Anselmi, el actor, fue a ver a Aldo. Y le enrostró su posición intransigente.

¿Viene usted en nombre de ella?

Ella no sabe nada. Y si lo llegara a saber se enojaría conmigo.

Perdone mi franqueza, pero es usted un hombre fuera de época. ¿Qué prejuicios lo impulsan a...?

Yo no tengo nada que explicarle a usted.

¡Espero que Beatriz no transija y que usted se vaya al diablo!

¿Es usted un insolente!

Beatriz se concentró en sí misma durante más de una semana. Ni siquiera atendió los llamados telefónicos de Aldo. Pablo Anselmi se cansó de apretar el timbre de la puerta de calle de la coqueta casa de San Isidro en la que vivía la estrella.

Aldo se asustó. Tuvo la sensación de que estaba a punto de perder a Beatriz. Reconoció que había sido demasiado exigente.

Pensó que tenía que cambiar; que la carrera de una actriz era muy importante y podía ser sagrada para una actriz. ¿Qué pasaría con él, si de pronto se quedara sin sus fábricas y sin la puja excitante que representaban los negocios? ¿Tenía derecho a imponer casi dictatorialmente su voluntad en contra de...

... la voluntad de la mujer que amaba? ¿No resultaba demasiado excesiva esa tendencia que tenía él por desear siempre la total exclusividad en todas las personas y las cosas que le interesaban?



Es que Pablo Anselmi le resultaba detestable. Y las cámaras. Y el director de la última película a quien sólo conocía superficialmente. Y el set. Y los periodistas. Y los fotógrafos. Y la publicidad. Y las escenas de amor...



... en, las que él tenía que ser espectador y no protagonista. El no entendía otra clase de amor que el posesivo. Así había sido su padre, modelando a su esposa - su madre - de tal manera que ella era un modelo de virtudes...



...y delicadezas. Había visto una película de Beatriz en la que ésta interpretaba el papel de una muchacha grosera, de vida airada. Esto le había producido un efecto muy extraño, como si Beatriz pudiera esconder dentro de su alma una infinidad de personajes desagradables.



Los Borzi poseían una delicadeza de espíritu que desde muchos años atrás y en la sucesión de múltiples antepasados conservaban incólume. Beatriz tenía el porte y la belleza de una gran dama. Así la quería para él.



Antes de hablar con Aldo, Beatriz fue a ver a la madre de éste. La señora la encontró tranquila, sin rastros en la cara de intensa preocupación, como si la muchacha hubiera meditado con serenidad.

Sería muy feliz si tú te casaras con mi hijo, Beatriz.



Pero no desearía que te casaras con él simulando ahora aceptar el abandono de tu carrera de actriz, para después en el matrimonio "convencerlo" de que debes volver a trabajar en el cine.

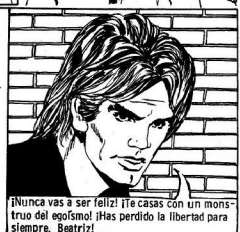


Lo amo demasiado para simular nada, señora. He tomado una decisión. Pienso que me provocará una gran angustia en los primeros tiempos...



...entender que ya no soy más actriz, que he dejado de ser una persona popular. Pero peor sería dejar a Aldo. Sin él no podría vivir, aunque con los años llegara a ser la actriz más famosa del mundo.

Cuando Pablo Anselmi, el actor, se enteró de la determinación de Beatriz se decepcionó mucho.



¡Nunca vas a ser feliz! ¡Te casas con un monstruo del egoísmo! ¡Has perdido la libertad para siempre, Beatriz!

Se casaron inmediatamente y fueron en luna de miel a Brasil. Aldo era el hombre más feliz de la tierra. Repetía a cada momento que le daba un poco de miedo...

...ser tan feliz, querida. ¿Extrañas tu trabajo?

¡Te quiero, te quiero, te quiero!



En Brasil, enterados de su presencia, un puñado de productores asociados visitaron a Beatriz para proponerle una coproducción con la Argentina. Un proyecto de locura. Aldo estuvo presente en los diálogos y vio cómo su esposa...



...con tacto y serenidad rechazó todas las propuestas. A veces en medio de las comidas ella tomaba un libro, una novela cualquiera y comenzaba a "interpretar" los distintos personajes de la misma. Y Aldo se reía de buenas ganas.



¡Magnífica actriz!

Y allí se detenían las risas y las alegrías. ¡Magnífica actriz! Es que Aldo, de pronto, sentía el peso de un remordimiento imprecisable y Beatriz la nostalgia de una vida que hasta conocer a Aldo le pareciera fascinante.



En Buenos Aires, Beatriz debió terminar, por exigencias de un contrato inexorable, las últimas escenas de su película postrema. No hubo manera de evitar ese trámite enojoso. Aldo acompañó a su mujer, apartándose en el set de todos los demás.



Beatriz hizo las escenas con Pablo Anselmi magníficamente. Vuelta a vuelta, terminada la toma, recibía el aplauso de todos los que trabajaban a su lado. Aldo se dio cuenta que lo miraban con antipatía como si lo estuviesen acusando de algo.

Con el paso del tiempo y ante las continuas delicadezas de su esposo y el intenso amor que le profesaba, Beatriz fue olvidándose de su vida de actriz. Comentó cierta noche en presencia de la madre de Aldo, de éste y de Ricardo, el amigo de ambos y por el cual ambos se habían conocido...



Puede ser que lo que más me interesó de mi vida de actriz fue el boato exterior. Soy tan feliz junto a Aldo que para mí el mundo comienza en él y termina en él.

Aldo, repleto de felicidad, cargado de una alegría estallante, comprendió que su adorada Beatriz ya era una Borzi perfecta. Con ternura le besó la frente.

¡Lo único que puedo decirte es que le has dado sentido a mi vida!

Muy seguido iban a ver grandes películas, las más renombradas obras de teatro y los conciertos de mayor nombradía.

Indirectamente quizá, sin advertirlo ninguno de los dos, creo que tu espíritu creador se ha metido en mi espíritu, Beatriz.



Sin duda alguna Beatriz era en verdad un "espíritu creador". Había decorado la casa con gusto excepcional y hasta a veces pintaba y componía música de importancia. Insensiblemente Aldo fue penetrando a ese mundo que Beatriz le proponía sin presiones de ningún tipo.



Hasta que de pronto el carácter de Aldo comenzó a sufrir un extraño resquebrajamiento. Beatriz lo notó triste, silencioso, preocupado. Quiso saber qué era lo que le pasaba, pero Aldo, por evasivas, eludió siempre la cuestión.



En el interín Beatriz recibió la visita de un fuerte productor mejicano a quien ella conocía desde la época en que filmara en Méjico.

Es un proyecto formidable, Beatriz. Tres películas, tres coproducciones con Italia.



Trabajarías junto a Marcelo Mastrolani en los tres filmes. Tu abandono de la carrera cinematográfica ha servido...

...paradójicamente, para acrecentar tu popularidad. No te olvides, Beatriz, que cuando abandonaste tu carrera cinematográfica tu fama llegaba hasta la mismísima Europa.

A Beatriz le reportarían las tres películas alrededor de veinticinco millones de pesos. La muchacha rechazó la propuesta terminantemente.

Ya no me interesa nada de todo eso. Ni siquiera los millones de pesos. Mi marido es muy rico.

Yo me quedo un mes en Buenos Aires. Espero que cambies de idea.

Aldo es muy reservado.

Beatriz habló con la mamá de Aldo con el afán de averiguar algo sobre lo que le pasaba a su esposo. Ella no dudaba de que Aldo se hallaba fuertemente contrariado. La madre de éste no sabía nada.

¡Qué pérdida de tiempo!

También era hermético mi marido, Beatriz. Aldo, como su padre, cree que a las mujeres no se las debe preocupar con malas noticias. Hombres como ellos piensan que nadie puede arreglarlos sus problemas a no ser ellos mismos.

Ricardo fue el que habló con Beatriz y lo enteró de que Aldo estaba al borde de la quiebra. Una serie de pésimos negocios lo habían llevado a una situación caótica.

¿Tiene alguna posibilidad de salir de la bancarrota?

Si le llega el crédito que solicitó, sí.

Aldo nunca comparte con nadie sus planes, sus triunfos y sus fracasos. Ni siquiera contigo.

Por intermedio de uno de sus más enconados acreedores.

¿Con veinticinco millones podría arreglar su situación?

Es angustiosa su situación.

¿Cómo supiste todo eso?

No creo, Beatriz, pero sería una ayuda.



Al día siguiente por la tarde Beatriz le comunicaba a Aldo que iba a volver a trabajar en el cine. Le contó su entrevista con el productor mejicano.

¿Por qué ese cambio repentino?

Me asfixio encerrada siempre entre las cuatro paredes de mi casa.



Mintió Beatriz. No quería decirle a Aldo que regresaba a los sets porque deseaba ayudarlo con el dinero que podía ganar realizando esas tres películas. Esperó hallar oposición en Aldo, pero no fue así. Accedió sin protestar.

Cuando Beatriz estampó su firma al pie del jugoso contrato y vio la sonrisa triunfadora del productor experimentó una gran depresión. Se sentía decepcionada. Había comprobado que Aldo la dejaba trabajar otra vez como actriz "porque necesitaba dinero". Ella también le había hablado de los veinticinco millones de pesos.



Por su parte Aldo recibió la decisión de Beatriz de volver al cine con tristeza. El no sabía que su mujer conocía la situación económica por la que había atravesado, situación que había superado horas antes de que su mujer decidiera firmar el contrato.



¿No te afilige que vuelva a filmar?

Sí.

Esto demostraba que Aldo había aceptado que Beatriz volviera a filmar habiendo ya solucionado su temporario malestar económico gracias al préstamo obtenido.



Pero si es tu deseo hacerlo yo no quiero molestarte con mis actitudes cerradas. Me has hecho cambiar mucho, Beatriz.

Yo no creo que te haya hecho cambiar mucho. No compartes conmigo nada de lo que te ocurre fuera de esta casa.

Beatriz le contó todo lo que sabía.

Ya he superado esa crisis, Beatriz. La superé la mañana del día en que tú, horas más tarde, decidiste volver a filmar.

Beatriz comprendió entonces que había pensado mal de él. Volvió a franquearse.

Firmé ese contrato para ayudarte, Aldo.



Aldo sonrió con tristeza.

Eran muchos, muchos millones, querida. Lamentablemente ni tú, ni mis amigos me hubieran podido ayudar.

¿Por qué no me dijiste que estabas pasando por un mal momento?

No me gusta preocuparte, no me gusta verte sufrir, no me gusta verte llorar.

¿Crees que soy una mujer o una muñeca de cristal?

Quiero que nunca sufras, quiero verte siempre feliz.

Voy a ser más feliz y voy a sufrir mucho menos cuando comparta íntegramente tu vida.

Beatriz, ante la mirada penetrante de Aldo, se hizo un profundo análisis interior. De pronto, como si tuviera una urgencia extraña. Y comprobó que ella "había firmado el contrato para volver a filmar porque había sentido ganas de hacerlo".

Aldo, como si adivinara los pensamientos de su esposa, le hizo la pregunta picante:

¿Crees de verdad que me ibas a poder ayudar con el dinero de las tres películas que cobrarías dentro de meses?

Todo es confuso. Más que desesperada por tu situación económica...

...estaba enojada por tu silencio, por tu absurdo empeñamiento en no compartir tus problemas. Me dio rabia enterarme indirectamente de lo que te ocurría. ¿Te das cuenta?

La mirada de Beatriz se desvió. No podía soportar la de Aldo.

La verdad definitiva, ¿necesitas volver a tu trabajo? Yo solo no lleno tu vida, ¿es cierto eso, no?

Pienso ahora que nada se consigue por la fuerza. Procede siempre como un tonto. ¡Vuelve al cine, querida! ¡eso es lo que deseas!

Otra vez la enorme maquinaria publicitaria se puso en marcha y Beatriz Funes pasó a ser nuevamente la gran "estrella". Ahora iba a filmar en Italia y nada menos que con Mastroiani. Aldo fue con ella a Italia.



¿Te hago infeliz con esta terquedad, querido?

¡Oh, no! ¡Me haces feliz porque te veo contenta!

Después de su primera película Beatriz sufrió un imprevisto abatimiento. No se prestó a nuevas campañas publicitarias y rehusó ir a fiestas. Parecía desganada, decepcionada. Los productores se reunieron y convinieron en determinar que...

... Beatriz Funes ya no es la...

... Beatriz Funes de antes. El director, los técnicos y los libretistas no están conformes con el trabajo de Beatriz Funes.

De común acuerdo entre las partes se decidió rescindir el contrato. Beatriz quedaba liberada de filmar las otras dos películas que le faltaban. Después de esto volvió a sentirse tranquila.

Y una tarde, dos días antes de regresar a Buenos Aires, mientras caminaban por una calle de Roma, Beatriz le dijo a Aldo: Querían inventarme un romance con un actor...

... y que dijera en conferencia de prensa que nosotros los habíamos dejado de querernos. No los entendí. De pronto, y por primera vez en mi vida, no entendí nada de lo que pasaba a mi alrededor.



¿Sufriste mientras filmé?

Se apretó fuertemente contra el brazo de su esposo.



Bueno... sí. Un poco.

Te quiero para mí... Únicamente para mí, Beatriz. Siento que el cine te arranca de mi lado. ¿Se acabó?



Definitivamente.

Y agregó con infinita ternura:

¡Aldo, voy a ser madre! ¡Vamos a tener un hijo!



Y se quedaron quietitos, callados, emocionados. Por eso Beatriz no oyó que una muchacha le pedía:

¿Me firma un autógrafo?



FIN

# UN POCO DE BUEN HUMOR



- Antonio tiene ideas un poco anticuadas.



- ¿Dónde está el bañero que me rescata siempre?

## Ingrese al fascinante mundo de los **DETECTIVES**

Déjenos capacitarlo para esta apasionante y provechosa actividad. Sea un aliado de la JUSTICIA y la VERDAD. Gane prestigio, honores y dinero, con la profesión del momento y del futuro. Sin distinción de sexo, ni límite de edad.

Estas son algunas de las ventajas

que le ofrece LA PRIMERA

ESCUELA ARGENTINA DE DETECTIVES:

- Con nuestros cursos por correo usted aprende en su casa, sin problemas de horario. Enviamos la correspondencia en sobres sin membrete. Nuestra institución fundada en 1953, mantiene absoluta reserva sobre toda correspondencia recibida.
- La Escuela permanece abierta todo el año y no cobra derecho de inscripción o de matrícula. Tampoco se requiere experiencia previa alguna y el curso lo sigue a usted donde quiera que fije su domicilio.
- El texto de las lecciones simple y ameno, incluye las técnicas más modernas de investigación.
- Las lecciones están redactadas en forma clara, sencilla y directa. Nuestro Cuerpo de Profesores vigila el desarrollo de sus estudios y aprendizaje, allanando cualquier dificultad.

**PRIMERA ESCUELA  
ARGENTINA DE DETECTIVES**

Diagonal Norte 825 - 10° Piso - Buenos Aires.

**SOLICITE  
FOLLETO  
GRATIS**

NOMBRE Y APELLIDO \_\_\_\_\_

Domicilio \_\_\_\_\_

Localidad \_\_\_\_\_



# LOS GERANIOS EN EL CALOR DE LA TARDE

Por **ROBIN WOOD**

Dibujos de **HAUPT**

Los geranios aromaban la noche. Allí, a su lado, no podía ver claramente el macizo pero el perfume lo envolvía como una tela de araña invisible...



No estaba nervioso. No sentía nada. Apenas como si fuera un cascarrón vacío. Estaba sentado junto al macizo de geranios con el rifle entre las rodillas.



(Geranios... En el jardín había geranios...)



Sus manos tocaron el rifle con cautela, como el que toca una culebra dormida. Su cerebro automáticamente reconoció las partes. Cerrojo. Gatillo. Recámara. Culata. Punto de mira.



Y los geranios perfumaban el aire. Hacía un poco de calor aunque ya era de noche. No tardaría en aparecer Martín.



Y cuando Martín apareciera, él plantaría una bala del máuser en el pecho del extranjero. Lo mataría y mataría a su propia miseria y su soledad. Y mataría los geranios y la pálida fosforescencia del amor.



A las seis de la tarde, Dolores y Raquel estaban siempre sentadas en el jardín borbando o leyendo, disfrutando de la agonía del sol lejano que se ahogaba en sangre y del perfume de los geranios que resucitaban en el frescor próximo de la noche.



¿Y John?

Ya llegará. Falta aún para las siete.



Dolores era la bella de los Ordóñez y en todo el ámbito de Yucatán los hombres mordían su nombre con rabia y nostalgia. Dolores mataba sus sueños con el acero verde de sus ojos...



Raquel era callada, perdida en un misterio simple y aislada en una perfumada conspiración de bondad y silencio. Sabía reír de muchas cosas. Se conocían sus alegrías pero no sus penas.



¿Y de Martín?

Nada. Desde que se acabó la revolución no se sabe nada de él. ¿Qué se va a saber? El debió estar contento con su guerra.

No hables así de él.

No digo nada malo. Sólo lo que es.

Dolores se calla y los ojos se le ponen tristes. La memoria se le escapa más allá de las seis de la tarde y de los geranios que se despiertan.

( Martín... )

¿Todavía piensas en él?

No seas tonta.

( No soy tonta. Hace cinco años que Martín se fue con Pancho Villa. El capitán Martín Arenas. Muy macho. Muy soldado. Muy guapo. Y dejó a Dolores y se fue con su revolución. )

Allí viene John.

El inglés atraviesa el jardín hacia ellas. Se viste siempre con mucho cuidado y su hermosa cabeza rubia parece la pintura de un ángel indiferente. Tiene manos blancas y un anillo de plata.

Buenas tardes.

Los dejo. Voy a ayudar a mamá a cocer el pan.

¿Por qué tu hermana nunca se queda con nosotros?

Porque es discreta. Los novios siempre quieren estar solos, ¿no?

No me molesta que se quede con nosotros.

No. Claro que no. Tú eres un hombre tranquilo.

¿Qué quieres decir?

A veces me gustaría que fueras un poco menos tranquilo. Y menos caballero. Un poco menos perfecto, un poco más loco... Algún más vivo.

Soy como soy, querida.

(Martín...)

(John...)

Y en otro rincón del jardín, Raquel se muerde un nombre y junto con él se mastica su pena y su impotencia y su rabia tranquila de mujer trampeada por los sentimientos...

(John... Si supieras...!)

El jinete se despidió sobre la silla bostezando y haciendo crujiir sus huesos. Estaba polvoriento y sucio, llevaba dos pistolas y un poncho rojo. Una vieja bandera quemada de pólvora estaba enrollada en la grupa de su caballo.

(Y estamos de vuelta, mi alma... Aquí estoy como si nada hubiera pasado...)

Y nada había pasado. La revolución se había acabado como se acababan todas las cosas. Los hombres que murieron habían sido olvidados. Los que no murieron regresaban y nada parecía diferente. Cinco años de guerra no cambian el aire perfumado de las siete de la tarde.

¡Martín ha vuelto!

¿Martín?

¿Martín?

¿Quién es ese tal Martín?

Es... Es un muchacho vecino... Hace años se fue a la revolución. Fue muy valiente parece...

¿Qué te ocurre? Estás pálida.

No... No es nada... No me siento muy bien...

Te dejo entonces. Tal vez te convendría recostarte un poco.

Gracias, John. Hasta mañana.

John, toma.

Ah. El geranio de todas las tardes, ¿eh? Gracias, hermanita.

No me llames hermanita. No me gusta.

Como quieras. Hasta mañana, Raquel.

Y el inglés se marcha calle abajo, elegante y pálido. La gente lo saluda con deferencia porque es hombre rico y porque es hombre bueno.

Es aquél, Martín.

Ahí. El gringo ese. ¿eh?

Pero, ¿qué haces?

Calma.

El inglés no se inmuta. Simplemente se cubre la boca con un pañuelo de seda para protegerse del polvo. Tiene los ojos azules y muy pálidos.

¿Quién...?

El mejicano aparece frente a él. Es moreno, bravo, latiente como un músculo y quemado por una sangre que le arde como pólvora.

Yo, gringo. Martín Arenas.

¿Y por qué esto?

Por Dolores. He venido a buscarla.

El pálido extranjero no se inmuta y sus ojos siguen calmos y azules. Martín comienza a bullir de cólera ante su impasibilidad.

Yo soy el hombre de Dolores. La dejé hace cinco años y ahora he venido a buscarla.

Cinco años es mucho tiempo, mi querido amigo. Y en última instancia es ella quien decidirá. Buenas noches.

Pero...

En su cuarto, Dolores oye el calor del verano que hace crujir el jardín. Tiene miedo de salir, de asomarse, de ver a alguien cuya presencia quema el aire tanto como el sol...

(¿Por qué ha vuelto?)

¿Has oído lo que hizo Martín a John?

Sí. Lo oí.

¿Y no dices más que eso?

¿Y qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga? Yo no mando en Martín.

Dolores. ¿Tú quieres a John?

¿A qué viene esa pregunta? Es mi prometido.

Eso no quiere decir nada. Desde que sabes que Martín ha vuelto no sales más a la calle, tiembles como una hoja y de noche tiritas en tu cama como si tuvieras fiebre.

Yo...

Déjame. No sé qué decirte.

(John. Ten cuidado. Tengo mucho miedo por ti.)

Como todos los días, a las siete de la tarde John llegó para su visita. Dolores estaba pálida y nerviosa pero el calmo inglés no mencionó ni una palabra de su encuentro con Martín...

Y desde lejos...

(Allí está el gÜero. No se ha asustado de mí. Creo que debe ser más macho de lo que parece...)

(Tengo que ver a Dolores... Y si ella no sale, yo entraré...)

(¿Por qué ha vuelto? Con el tiempo yo lo hubiera olvidado. Hubiera sido feliz con John y hubiera tenido niños rubios y tranquilos como él...)

(En vez de eso...)

Pero...

¿Tú? ¡Estás loco! ¿Qué haces aquí?

Tenía que verte. No grites.

Dolores siente que desfallece. Siente el olor de los gacanos y el olor áspero del hombre. Reconoce su olor a sol y a cólera que la persigue año tras año y no grita....

He vuelto por tí. ¿Lo sabes? He vuelto a buscarte para que seas mi mujer. ¿entiendes?

Yo...



He buscado algo que no sabía lo que era en todas partes y me cansé de revolcarme entre muertos con tu nombre en la boca y cuando todo se acabó me di cuenta que aquello que buscaba eras tú. Que no podía perderlo o me perdería yo también.

Por eso vine y te voy a tener aunque tenga que matar a tu Inglés.

No digas eso.



Vete ahora, Martín. Tengo que pensar. Déjame, por favor... Te veré mañana... Yo...



Mañana, no lo olvides.



Se dirigió cautelosamente hacia el portón del jardín evitando rozar los gacanos adormecidos en las tinieblas...



Un momento, Martín.

¿Eh? Raquel...



Ella estaba cruzada entre él y el portón envuelta en su rebozo, blanca bajo la luna y con los ojos límpidos como dos cristales.

¿Cómo sabías....?

No soy tonta y los conozco a los dos. No me interesa eso. Sólo quiero hacerte una advertencia.



Su voz se volvió suave, increíblemente suave y un escalofrío corrió por los huesos de Martín.



No toques a John. Si lo haces te buscaré y aunque te escondas en el fondo del mundo te arrastraré a la luz y te mataré como a un perro.

Por un momento quedaron en silencio mirándose con los ojos, no como un hombre y una mujer, sino como dos fieras. Por fin...

¿Así que estás...?

No es asunto tuyo. No lo toques. Te lo advierto...

El calor del verano se hacía más y más fuerte y el polvo reseco dificultaba la respiración. Los pájaros enmudecían en el aire calcinante del mediodía. John Wilkins miraba a través de la ventana....

(Hombre tranquilo. Lo soy. Tal vez pierdo en la comparación con ese leopardo salvaje de Martín. Somos el hielo y el fuego.)

(Y tal vez Dolores prefiera el fuego. ¿Y si es así qué haré?)



Una límpida mirada azul, más fría que la muerte se extravió en el cielo incandescente.

¿Y? ¿Qué has decidido?

Debo estar loca...

¿Qué has decidido? Eso es lo que pregunto.



Sí. Me iré contigo. Me casaré contigo. Sí no estoy contigo me volveré loca. Te quiero. Te quiero.

(Te quiero!)

Iré a buscarte esta noche. Hablaré con el cura para que nos case enseguida. Luego nos iremos. Déjale una carta a tus padres.

Ya la he escrito.



¿Y John?

Alguien se lo dijo. El impecable inglés no descompuso su rostro de porcelana. Simplemente continuó mirando a través de las ventanas del horizonte abrasado por el sol.

Gracias. Vete ahora.



Raquel vino al atardecer indiferente a los comentarios que su conducta pudiera acarrear. Vino casi corriendo, con un oscuro sentimiento de catástrofe en el pecho.

¡John!

El patrón no está, niña Raquel. Salí hace media hora. Y se llevó su fusil.

Oh, no.

En la noche oyó el golpetear de los cascos del caballo. El aire estaba fresco ahora y el perfume de los geranios lo embriagaba un poco.

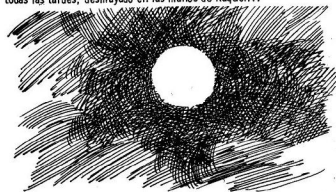
(Es él.)

(¡Sí! Es él!)

Por encima del brillo helado del fusil vio la silueta llegando. Cantaba. El aire estaba fragante de geranios.



Y el esplendor agobiante de la noche vio aquel geranio fresco de todas las tardes, desmayado en las manos de Raquel...



¡John! ¡John!



Aquí estoy. ¿A qué tanto grito?



Oh, John... Pasé... Pasé por tu casa... Y ví que faltaba el rifle... Cref que...

¿Que había venido a matar a Martín? Tienes razón. Vine a eso.



¿Lo hiciste?

No.



¿Por qué no?



John Wilkins quebró con un suave golpe de los dedos un geranio y se lo mostró. Estaba sonriendo a aquella muchacha misteriosa cuyo misterio no lo era más.

Por esto.



# GOTITAS DE ALEGRÍA



- ¡Juan, estás borracho!



- Si pasas por la confitería  
dile a don Nicolás que man-  
de medio kilo de helado de  
chocolate...



- ¿No te gustaría que te re-  
gale un lavaplatos automá-  
tico para tu cumpleaños,  
querida?

# BUZ SAWYER

Por ROY CRANE

## ROBO EN EL MAR

Buz, Christy y Pepper regresan a su hogar, luego de haber actuado en un experimento oceanográfico.



Me siento preocupada por Pepper, Buz. Lo noto muy callado.

Le hablaré, Chris.



¿Qué te sucede, hijo?

Estoy preocupado por los exámenes que deberé rendir al llegar, papá.



Después...

¿Señor Sawyer? Soy C. C. Bottomly, asistente administrativo del señor John Dough, presidente de la compañía Exploradora del Mar, S. A.



Bien, ¿qué desea?

El señor Dough se ha enterado de su reciente aventura submarina y desea invitarlo a almorzar para hablar con usted.



Gracias, pero no tengo tiempo.

¿Cómo? ¿No tiene tiempo para el señor Dough?

Dile que tengo algo importante para él: hacerlo inmensamente rico.



Bueno, veré de qué se trata. ¿Dónde nos encontramos?

El auto del señor Dough pasará a buscarlo.



Aceptó.



¡Espléndido! Debemos causarle una buena impresión, así que dile a dos de los muchachos que se vistan con un uniforme de chofer y saquen la limousina roja.

Y tú, nena, ponte el abrigo de pieles que te regalé y muchos brillantes en los dedos.

Sí, querido.



Poco después Buz queda impresionado al ver la limousina, pero más impresionada queda Christy.

Suba, señor Sawyer. Yo soy una invitada del señor Dough.



(¡Y con una rubia!)

¿Qué asientos tan grandes! ¿Podría acercarme más a usted, señor?



Este... ¿A qué negocios se dedica el señor Dough?

A distintos negocios, sobre todo, a los que le rinden mucho dinero.



Luego...

Soy John Dough, y éste es mi amigo, el señor Rokstone.



¡Hola, compañero!

Ella es la chica que atiende mi bar. ¿Qué desea tomar?



Nada, gracias.

¿Un cigarro? Sírvasse varios, o, si quiere, quédesse con la caja.



Gracias, no fumo.

¡Usted es el hombre con el que me gustaría asociarme! ¡El americano perfecto!

¿Qué le parece empezar con un pavo de Guinea, Sawyer?



Gracias, pero yo prefiero un sandwich de jamón.

¡Pero la comida es gratis, compañero!

Este... espero que los reflejos de mi brillante de 12 kilates no lo cieguen. ¿eh?



¡Oh, no!

Bueno, vamos al grano, o mejor dicho, a los negocios.



Hemos leído en los diarios acerca de las inmensas riquezas que hay bajo el océano y nosotros deseamos ir en su busca.

Así es, señor.

Nuestra compañía tiene a su disposición un sumergible y queremos comenzar la búsqueda enseguida.



¿Qué búsqueda?

La búsqueda de esos tesoros, caballeros, les costará mucho dinero.

¡Yo tengo millones, compañero!



¿Le parece bien un diez por ciento de las ganancias?

Luego...

Dígame, señor, ¿quién era la dama rubia que lo llevó en su limousina roja?



Creo que se llamó a sí misma una invitada.

¡Oro!



¡Brillantes! Todo eso que dijeron había allí.

Pero ustedes olvidan que yo estoy en la marina...

Pues déjela.



¡Seguro! Usted lleva 20 años en ella y es hora de que la abandone.

¿Y quiénes eran ellos?



Dos hombres que me pidieron dejara la marina por cincuenta mil dólares.

Admitimos que nosotros no sabemos nada del mar, es por eso que lo queremos a usted, señor Sawyer.

Usted es un experto acuanauta y le pagaremos el doble de lo que gana en la marina. ¿Qué dice, compañero?



¡Estoy asombrado!

¡No se vaya! Le pagaremos cincuenta mil dólares.



¿Qué dice compañero?

Gracias, pero rehusó la oferta.

¡Cielos! ¿Cincuenta mil dólares? ¿Y tú, aceptaste?

No. Iré ahora a Inteligencia Naval. Eran gangsters.



¡Así que el tipo nos dio con la puerta en las narices!

¿Y a quién le importa? Después de todo, yo sospecho de los hombres que no beben, no fuman y desprecian una comida exquisita por un sandwich.



Deberemos buscar a otro.

Sabemos que hay oro bajo el mar, ¿pero, dónde?

¡Ya lo tengo! Busquemos algún barco hundido que contenga oro.



En el Golfo de México de Louisiana existe un pozo petrolero que extrae 10,000 dólares por día de oro negro.



Todo sucedió de pronto en el dos. Comenzó a salir agua salada.



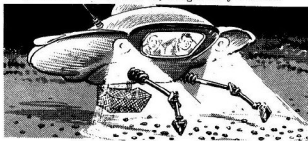
¿Señor Spudder? Me enteré que uno de sus pozos se llenó de agua salada.

Los buceadores encontraron el problema, señor Spudder. Alguien dinamitó el cable conductor que está a 400 pies bajo el agua.



¿Cuánto costará repararlo?

El submarino de la Compañía Explotadora del Mar S. A. efectúa diariamente búsquedas submarinas y recolecta piedras ricas en hierro, magnesio y cobalto.



(Ya hice cincuenta agujeros en este armatoste.)



Pero, poco después, en la compañía de Jeff Spudder, propietaria de cuatro pozos, tienen problemas.

¡Eh, Jeff! ¡El número dos está lleno de agua salada!



¿Qué...?

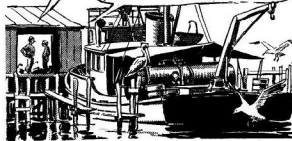
¿Dónde oyó eso?



Eso no tiene importancia. Escúcheme atentamente y escriba a: "La Banque du Monde, Zurich, Suiza, cuenta # 11.579." ¿Ya anotó?

Bueno, no sé... pero es mucho dinero.

¿Alguien está extorsionándome!



¿Diez kilos en un día? Y el resultado sólo se traduce en cincuenta dólares.



Eso no alcanza para pagar el combustible que gasta el submarino.

En ese viejo barco torpedeado no había nada que valiera la pena.

Estamos perdiendo el tiempo y no ganamos nada.



Debe haber algo que nos proporcione dinero...

¿Crees que puede ser serio, Jeff?

Todo lo que me cueste dinero es serio.



¿Quién habla?



Deposite medio millón de dólares en esa cuenta dentro de diez días, u otro de sus pozos estará lleno de agua salada.

Pero, ¿quién lo habrá hecho? No he visto ninguna nave por las cercanías.



Tal vez hayan utilizado un submarino. Por aquí cerca hay varios.

Escucha, Ernie: esa banda de extorsionadores me amenazaron con destruir otro de mis pozos si no entrego me dio millón de dólares.

Tal vez alguien te juegue una broma, Jeff.



Washington.



Le habla el senador de Louisiana, Jean La Reux. Quisiera hablar con el jefe de operaciones navales.

Bien, señor.



En el Pentágono...

Señores: he reunido a estos caballeros para conferenciar. El capitán Harris, de la oficina general y el capitán Bachelor de Inteligencia Naval.



¿Nunca hubo delitos en el fondo del océano?

No que yo sepa. Estos individuos utilizan una técnica distinta.



¡Eso no es broma, amigo! Quiero que tú, que eres el sheriff, hagas algo.

Haré todo lo que pueda, Jeff.



Usted ha venido al lugar indicado, señor Spudder.

¿Qué se propone hacer para ayudarme?



Y éste es el problema, Tom. Uno de los ciudadanos, Jeff Spudder, no puede pagar medio millón de dólares que le piden esos estafadores que intentan volarle todos sus pozos petrolíferos.



Nuevamente, Jeff Studer repite los hechos.

Bueno, ¿qué piensan?

¡Eso es extorsión! ¿Qué vergüenza!



Pero, ¿cómo voy a proteger tus pozos en una superficie tan enorme en el mar? Eso está fuera de mi jurisdicción y no tengo naves disponibles.



Actualmente, señor Spudder, sólo hay una organización lo suficientemente equipada como para resguardar sus pozos petroleros en el océano: la marina de los Estados Unidos. El problema es: ¿nos prestarán su colaboración?



¿No podría la marina intervenir en esto?



Ordenaré una reunión, Jean.

Este caso es único. La crónica está llena de delitos que han sucedido en el mar, pero nunca he oído nada igual a este caso.



Pero, ¿la marina puede proteger los intereses del señor Spudder?



¿Por qué no? Todas las naciones tienen el derecho de proteger a sus ciudadanos, aunque sea en medio del océano. No existe ningún precedente, pero no importa.

-Estoy pensando, Sam, si tu gente del Instituto Oceanográfico puede proporcionarnos embarcaciones y buceadores para atrapar a esos saboteadores de petróleo en el Golfo de México.

Pues sí, almirante.



Precisamente aquí tengo una persona con experiencia.

¡Espléndido!



Bien, Buz, ya tiene usted su nueva misión: usted será el primer vigilante del océano.



Al día siguiente...

¿Cuál es el pozo que ha sido dañado, señor Spudder?



Ese que está en medio del Golfo.

¿Y los otros tres pozos?

Están a 400 pies de profundidad. Esos no tienen plataforma exterior. Sólo se asemejan a árboles de Navidad con válvulas y tuberías que llevan el petróleo desde el fondo del mar hacia la costa.



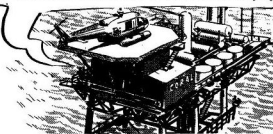
¿Hay alguien trabajando allí?

No. Todo se controla electrónicamente y va directamente, por tubos, hacia la playa.

Bueno, Sawyer, eso es todo. Son 55 millas prácticamente sin vigilar.



Aquí hay un helicóptero que controla el área. Usted, con el submarino, controlará bajo el mar y la policía y agentes del gobierno lo harán desde la playa.



Yo soy el coordinador de las operaciones. ¿Tiene alguna sugerencia que hacer, Sawyer?



Pues a mí sí me parece un serio problema.



-El problema no parece ser tan grande, Hawkins. Quienquiera que haya dañado los pozos, lo hizo desde el agua.

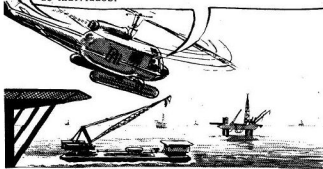
Volvamos a la costa.

Yo sugeriría que se colocase una guardia en esta plataforma. Si John Dough o Rockstone se encuentran por aquí, entonces son ellos los causantes del problema.



¿Los gangsters, cree usted?

Así es. La extorsión es característica en esa clase de individuos.

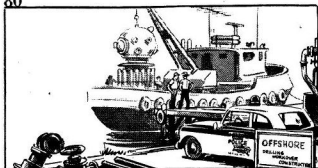


Ellos deben tener un pequeño submarino. Lo sé, porque intentaron emplearme para que buscara tesoros bajo el océano.

Pues entonces hay que intensificar su búsqueda.



La policía local y agentes del gobierno controlan todas las navas ancladas en el puerto.



La policía también continúa.



(¡Hum! Un bote de pesca!)

Luego...

Le presento al señor Thataway, Sawyer. Es investigador privado.

¿Cómo dijo que se llama?



Esa es la damisela que está con ellos, Buz.

Es la que yo conozco.



Pescando, ¿eh?

Nosotros también hemos venido a pescar.



El señor Gogó Thataway y yo vamos a quedarnos en la posada.

Y la búsqueda de John Dough y Rockstone se hace al mismo tiempo.



Hasta ahora, Sawyer, el resultado de nuestras investigaciones ha sido negativo. Pero seguiremos buscando a esos hombres.



¿Puedo ayudarlo, señor?

No, gracias. Sólo quería ver el registro



(Y esos dos que están ahí concuerdan con la descripción que me dieron.)



Así como lo oyó. Thataway.

Es un nombre difícil de olvidar.



Gogó Thataway estuvo hoy en un muelle y vio a dos individuos que bien podrían ser los que buscábamos.

Me gustaría que viniese conmigo para identificarlos



Cómo no.

¿Adónde se fueron los dos?

Tal vez a sus habitaciones.



Pero, ¿no es el comandante Sawyer en persona?

¿Qué hacen por aquí?

Bueno... pescando.



No creo que le agrade quedarse en esta posada, Sawyer.

Vamos a buscar otro lugar, compañero.



¡Vaya nombrecito!



Es el que vi husmeando en el registro.



¿Y ellos poseen un pequeño sumergible?

Así es. Debe estar oculto en alguna de esas isletas.

Entretanto...

Esto me huele mal.

Y su compañero, ese tal Gogó. Puedo sentirle el olor a un policía a cien metros de distancia. Hay que prevenir a los muchachos.

El jefe dijo que estemos alertas, Tony.

Está bien.

Vamos a ver qué descubrimos por aquí, Gogó.

¿Conoces a esos dos?

No.

-Tal vez sean los que vienen a husmear.

Pero... ¡Si es Buffo Ritter! La última vez que te vi eras instructor de buceo en la marina.

Este... ¡Oh...!  
¡Hola, comandante!

¿Qué haces por aquí?

¿Te independizaste?  
¿En qué compañía trabajas ahora?

Bueno... yo... trabajo por mi cuenta. Perdone, pero mi embarcación está por zarpár.

Bueno... yo... ya no estoy en la marina.

Su amigo pareció muy confuso al verlo.

Sí, eso pensé.

Allí están otra vez. Vamos a enfrentarnos.

¿Qué buscan aquí?

Nada. Sólo paseábamos.

No nos gustan los tipos que meten sus narices donde no les importa.

A mí no me gustan sus caras.

¡Te la voy a borrar de una trompada!

Yo me entenderé con éste, Buz.

¡Dele, Buz! ¡Ayyy!

¡Al agua!

¡Auxilio, Buz!

¡Ayyy!

**SPLASH!**



Más tarde...

No tiene por qué preocuparse, jefe. A esos dos les dimos una buena zurra.



Esos tipos deben tener una buena razón para alejarnos de ese lugar. No es que tenga miedo, pero...





¡Eh, Tony, ese avión parece estar dando vueltas por aquí!

Trata de ver el número de matrícula.

Poco después...

He venido a verlo, patrón, porque un avión anduvo rondando por el lugar donde está el submarino.

¿Han tomado nota del número de la matrícula?

¡Sí, aquí está.

¡Espléndido!

¡Sí, es uno de nuestros aviones. Se lo alquilé al comandante Sawyer.

¡Ah, es lo que yo pensaba! El es amigo mío.  
¿Tiene usted su dirección? Bien, gracias, señor. Tenga esta propinita.

Acerca de Sawyer, Rocky, los muchachos me advierten que un avión estuvo dando vueltas por nuestra guarida.

¿Y eso qué?

Pues que habrán descubierto ya nuestro secreto.

Nunca me gustó ese asunto, John.

Es demasiado peligroso. Ahora tenemos a la marina tras nosotros. Pero eso es asunto tuyo. Si vuelve, haz lo que te parezca con él.

¿Sabes quiénes eran los del avión, Tony?

¿Acaso policías?

No. Es ese marino Sawyer, al que le dieron la paliza. Si llega a volver por aquí, quiero que lo capturen.

¿Sólo capturarlo, jefe?

¡Sí. Claro que si luego se lo encuentra flotando, pudo haber sido un "accidente" ¿verdad?

Ya entiendo, jefe...

Esa noche...

La embarcación está lista, Buz.

Poco después...

Ya estamos cerca. Pare las máquinas.



Silenciosamente emergen entre el pajonal de la costa. Sobre un muelle hay un hombre armado.



Pasados veinte minutos regresan a la lancha.



Sin ser vistos, se sumergen bajo el muelle.



Poco después encuentran el objeto de su búsqueda. Un pequeño sumergible.



¡Espléndida tarea!  
¡Ahora, si ellos se mueven, nosotros los seguiremos como a conejos.



¿Hubo suerte, Buz?



Hemos hallado el sumergible de los gangsters.

¡Pronto, Buz, suba! Llevaremos su mini-submarino a 60 millas de la costa.



Si ellos se mueven, nosotros lo sabremos. Cuando los haya localizado, le avisaremos por radio, indicando su posición.



Buena suerte, Sawyer.

Gracias. La necesitaré.



John Dough se comunica con un banco de Suiza.

¿Qué dice? ¿Que no han depositado medio millón de dólares en mi cuenta?



Así es, señor Dough.

Se le termina el plazo, Spudder. ¿Va a depositar lo convenido o le volaremos otro de sus queridos pozos?



¡Hágalo!

¡Hum! No puedo entenderlo... Yo pensé que Spudder estaba asustado y había hecho el depósito.



Tal vez haya dado parte a la policía.



De cualquier manera voy a volver a llamarlo para darle otra oportunidad. Si no lo hace... ¡boom! con otro de sus pozos.



¿Qué dice?



Le dije que lo volara, si quiere.

¡El muy...!



Yo me encargo de esto, compañero.

Que los muchachos estén preparados no bien oscurezca.

Si usted no lo torna a mal, señor Dough, me gustaría dejar este asunto.



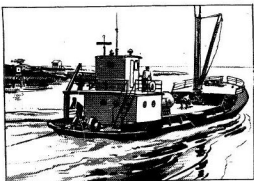
¿Qué te has creído, tú, Buffo?

Bueno... yo tengo familia. Cuando acepté este trabajo no pensé que...



¡Tú estás metido en esto como nosotros y no te saldrás hasta que yo te lo ordene! ¿Entendido?

Sí... señor.



Adentro de una embarcación...

-El submarino se mueve, señor.



Espléndido. Eso esperábamos.

"Tía Minnie viene al hogar"



Ese es el mensaje que esperábamos, Sawyer. Vamos a bajar el mini-submarino.

Apúrese, Ben.

Recuerde, comandante, que no debe asustarlos prematuramente. Hay que pescarlos con las manos en la masa.



Mientras, nosotros nos acercaremos a la plataforma.

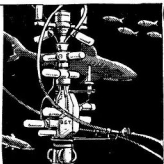
Mientras...

¿Cómo vamos a hallar esos malditos tubos si están bajo el océano?



Muy fácil, jefe. La tubería debe llegar hasta la costa. Será fácil seguirla.

Los tubos de petróleo, que se encuentran en medio del océano, esperan su destino. ¿Serán dañados o llegará Buz a tiempo para impedirlo?



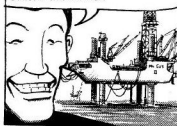
John Dough sonríe. Todo sale a pedir de boca. El radar de su embarcación no indica ningún peligro a la vista, excepto las torres de petróleo.



Ya estamos cerca de la plataforma, jefe. Ya es hora de soltar a nuestro "bebe".



¡Muy astuto! Después de volar ese otro pozo, todas las compañías petrolíferas, aceptarán que las "protejamos" contra atentados.



El pequeño vehículo submarino de los gangsters es bajado al agua, y nadie sospecha que pronto habrá otro mini-submarino siguiéndoles las pisadas.

El barco de Dough pasa cerca de la plataforma como si fuera otra embarcación más que hace el recorrido hacia la costa



Pero a bordo de la nave de la marina...

Señor, el submarino intruso va a tres nudos por hora.



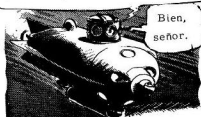
Ahora baja a 50 pies... 75... 125...

Avisé a nuestro submarino.



Bien, señor.

Nuestro blanco está a 800 pies. Descienda un poco más.

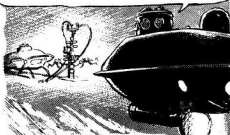


Bien, señor.

¡Comandante Sawyer! El enemigo ya está cerca de los tubos.



¡Allí veo una luz! ¡Son los gangsters!



Buz y su ayudante salen del mini-submarino y se acercan sin ser vistos.



Los buzos de la banda colocan explosivos junto a los tubos, pero de pronto son sorprendidos por el destello de un flash.



¡Eh! ¿Qué es eso?

¡Pescados en el mismísimo acto de sabotaje!

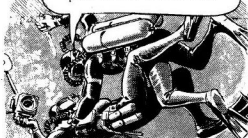
(¡Nos toman fotografías!)

(¡Vámonos!)

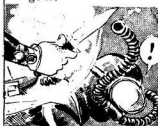


Uno de los bandidos se vuelve a Buz armado de un cuchillo.

¡Entregueme esa cámara!



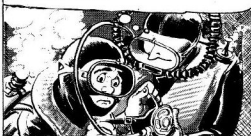
Pero la pelea pronto termina. Ben se acerca por detrás del hombre rana y le corta el tubo de oxígeno.



¡Terror en la cara del hombre al no poder respirar!



¿Listo para subir conmigo? Tiene suerte de que haya traído otra boca para que pueda aspirar aire.)



¡Mira! Alguien ha atrapado a uno de nuestros acuanautas!

¡No se saldrán con la suya!



Buz toma otras instantáneas, pero en ese instante la nave de los gangsters arremete contra el mini-submarino de Buz.



¡Dalo vuelta con nuestros brazos mecánicos!

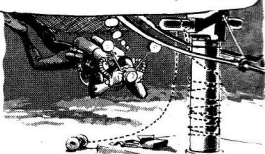
Será mejor que nos alejemos ahora.

Sí, vámonos.

(Otra fotografía más para identificarlos.)



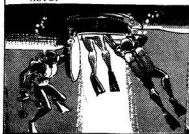
(Y otra más de los explosivos que han colocado en el tronco del árbol petrolífero.)



¿Escapado? No lo creas. Buffo. No bien se acercan a la costa, los estarán esperando.



Bueno, por lo menos tenemos un prisionero. Entra, compañero.



¡Buffo! Nunca sospeché que tú...

Es una lástima que los verdaderos autores de todo esto se hayan escapado, comandante.



... no sabía lo que se proponían hacer esos individuos. Me pagaban bien, y usted sabe... tengo mujer e hijos que mantener.



¿Por qué te has metido en esto, Buffo? Tú eras un muchacho honesto.



Bueno, yo, comandante...

Luego...

Aquí están las fotografías reveladas. Es una prueba irrefutable.



Espéndido.



Hemos cazado ya a toda la banda, incluso al submarino, Buz.

Le agradezco a usted y a la marina el favor que nos han hecho.

Y, si alguna vez quiere dejar la marina, Buz, podría ser mi socio.



Gracias, Gogó.

**FIN**

**2** SUPERPRODUCCIONES  
ILUSTRADAS  
**A TODO COLOR®**

**SOPHIA  
LOREN  
PETER  
O'TOOLE**

en  
**EL HOMBRE  
DE LA MANCHA**



**MITA MEDICI  
GIANNI DEI en  
UNA TAL  
GIULIANA**

**12 NOVELAS COMPLETAS**  
MAS PAGINAS - BRILLANTES COLORES

APARECE EL  
15 DE MAYO

**intervalo**

RESERVE HOY  
SU EJEMPLAR

**EXTRAORDINARIO**

# aprenda a divertirse

PARA  
AMBOS  
SEXOS

## EN SU PROPIO HOGAR!

### UNICO CURSO ESPECIALMENTE PREPARADO PARA APRENDER MAGIA EN EL HOGAR

Cualquier persona, hombre mujer o niño, que solamente sepa leer, podrá realizar en POCOS DIAS infinidad de trucos con los que causará sensación

### DISFRUTE EL CURSO DE **FÚ-MANCHÚ**

Pida informes hoy mismo sin compromiso, entérese como puede en su propio hogar, disfrutar y aprender el Único Curso en el Mundo que en 60 días le convertirá en Mago



EN SU CASA  
POR CORREO

¡No importa  
su edad!



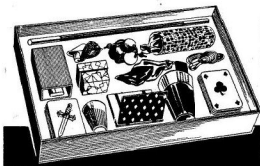
## SEA MAGO Y...

- ... Divierta a los suyos
- ... Realice cientos de trucos
- ... Gánese el afecto de los niños
- ... Reciba un EQUIPO de MAGO
- Obtenga una amena profesión



## GRATIS

Reciba en su hogar este maravilloso equipo



## Universal Center

### Fú-Manchú

Casilla de Correo 1198  
Correo Central  
BUENOS AIRES

**GRATIS**  
PIDA FOLLETOS  
HOY MISMO

Solicite folleto de MAGIA sin compromiso

NOMBRE Y APELLIDO \_\_\_\_\_  
CALLE Y NUMERO \_\_\_\_\_  
CIUDAD - PUEBLO \_\_\_\_\_ PROV. ESTADO \_\_\_\_\_  
PAIS \_\_\_\_\_ F. C. \_\_\_\_\_ EDAD \_\_\_\_\_

# OTRA VEZ LA LUZ

Por LADISLAO SHELL



No sé por qué, ahora, al verte junto a mí, de cara al mar, en este momento en que los dos hemos quedado en silencio, revivo nuestra breve pero intensa historia, desde el día en que te conocí.

Dibujos de TORRE REPISO

Ese día el trabajo había sido intenso en el diario.



Es la peor época. La invasión de turistas. Nos han cambiado el pueblo. ¡Esos malditos! ¡Ya no hay dónde meterse!

No rezongues, viejo. También nos han agrandado el diario. ¿Qué era este pasquín en tus tiempos?



A mí me ha sobrado siempre. En cuanto a vos, te irás ahora mismo al Automóvil Club. Harás la nota de ese congreso o como se llame.

¡Sos un campeón, viejo!  
¡Gracias!



Era nuestro diálogo habitual. González, mi jefe, junto al cual había aprendido mi oficio de periodista, odiaba la temporada veraniega, por otra parte como casi todos los lugareños. Yo había nacido allí, pero había estudiado en Buenos Aires.



No me molestaban los turistas sino el no poder unirme a ellos. Más bien los envidiaba.

[No era nada, viejo! Ahora el diario es grande. Y tenemos una radio. Y recibimos televisión. Nos sobra trabajo, ¿no es así?



Salté más que salir de la silla. Haría la nota también para la radio, cuyo noticiero estaba a mi cargo. El Automóvil Club había cedido sus instalaciones a un congreso médico, y estaba próximo al mar. Tendría tiempo de darme unas zambullidas.



¡La vida es hermosa! ¡Estaré libre antes de que se ponga el sol!



Entonces fue cuando te ví. Al pararme el semáforo tuve que detener el coche junto al cordón de la acera. Mejor dicho, vi tu ancho sombrero de paja, esa especie de capelina antigua con la que te proteges del sol.

(Espero que aice la cabeza, ¿qué habrá debajo de ese sombrero?)



Como si hubieras oído mis pensamientos, tu rostro se alzó.

¡Dios! ¡Qué belleza!



Creo que me sentí como hechizado. Creo que nuestras miradas se cruzaron. El caso es que me quedé mirándote como un bobo. Empezaron a sonar las bocinas.



Comprendí que había cambiado el semáforo y que estaba obstruyendo la calle. Alguien me insultó. Mecánicamente arranqué, llevándome tu imagen, de la que no hubiera yo querido separarme.

(Puedo estacionar por aquí. Mandar al diablo ese congreso. Buscarla.)



Pero era absurdo. Estaba portándome como una criatura. ¿Iba a abandonar mi trabajo sólo porque dos hermosos ojos verdes se habían cruzado con los míos? Llegué al Automóvil con estos pensamientos. De pronto advertí que no se veía allí animación alguna. ¿Qué ocurriría?



¿Qué pasa? ¿Y el congreso?

Se ha postergado, Víctor. Hasta esta noche a las ocho.



El destino estaba de mi parte. Giré en redondo.

(Quizás esté todavía allí. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo? ¿Te has vuelto un idiota?)



Ese hecho trivial, acercarse a una muchacha, entablar conversación, lo que no comprometía a nada, algo tantas veces hecho, ¿cobraba ahora una importancia especial?



(Allí está. ¡No se ha movido de su sitio!)

Llevé el coche hasta una calle transversal. Al pasar, sólo había visto tu sombrero, pero eras vos, el mismo sombrero. Volví, y, al acercarme por la acera, seguías allí, la cabeza baja.



Estuve unos segundos así. Inmóvil, de pie a unos pocos metros, contemplando ese sombrero que te ocultaba. De pronto alzaste la cabeza.



Algo cómico debía de haber en mí, porque, de pronto, sonreíste, más bien dicho, se te escapó una sonrisa.

¿Sí? Mucha gente pasó por aquí. Una multitud.



Recuperé mi aplomo. Reí, a mi vez.

Te vi sola. Yo también estoy solo. Pensé que me gustaría conocerte. ¿Puedo sentarme?



Alzaste las cejas, pero no dijiste una palabra. Me senté.

Bueno. Salí del diario. Tengo que hacer la nota del congreso médico, ¿sabés? También tengo el noticioso. Al pasar te vi. Pero el congreso se postergó hasta la noche...



Tu mirada, al principio sorprendida, se hizo interrogante, casi airada. Di un paso, torpemente.

Pasaba por aquí. Pasé recién en coche.



Seguí hablando, tratando de hacerlo con la mayor naturalidad posible, aunque un poco atropelladamente. Odiaba la idea de que me supusiera un vulgar muchachón en busca de aventuras fáciles. Me habías impresionado de un modo especial, ciertamente, pero no quería decírtelo.



Justamente por ser la verdad, había sonado a falso, tan vulgar es recurrir a ese tipo de pretextos. Sin darnos cuenta se entabó el diálogo. Me quedé, al pasar, de mi oficio.

Parece que te disgustara ser periodista. No es feo.



No es que me disguste. Pero a veces, a veces se vuelve rutinario. Y otras, demasiado trágico.

¿Demasiado trágico?



Sí. Muertes. Asesinatos. Miseria. No es muy lindo.

Sí, claro. Comprendo.



Sentí, realmente, que me comprendías. No eras insensible al dolor ajeno. Cambié de tema. Quise mostrarme alegre, divertido, pero en tus ojos predominaba siempre un remoto reflejo de tristeza. Te invité a almorzar, pero te negaste. Debías encontrarte con tus padres.



Cuando te fuiste, te acompañé unas cuadas, a pie.

Aqué! es mi hotel. Ya volveremos a encontrarnos, sin duda. Esto no es muy grande.

¡No! ¡No lo dejemos librado al azar! Digamos un lugar, ¿queres?



Pareciste vacilar. Insistí.

La playa es demasiado grande. Está llena de gente. Vos y tus padres tendrán un sitio preferido. ¿O puedo buscarte en el hotel?



Volviste a sonreír. Esa sonrisa tuya, más bien triste.

Acabamos de llegar. Estaremos un mes. Ya volveremos a vernos.



Cuando retiraste tu mano de la mía y te vi alejarte, supe ya que estaba enamorado. ¿Es que las cosas ocurrían así? Nunca me había sucedido antes. ¡Luego, había que creer en el flechazo! Pasé el resto de la tarde pensando en esto, sublevándome a veces ante mi obsesión.



González advirtió que me sucedía algo extraño, y me interrogó. En un impulso, le conté lo que estaba ocurriéndome; el viejo rió.

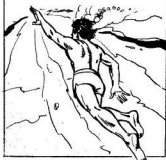
Bueno, pues es así. La gente suele discutir si existe el amor a primera vista. Te lo digo: cuando esto ocurre, empieza así.



¿Qué sabía de vos? Que te llamabas Claudia. Que estabas por graduarte en Ciencias de la Educación, en Buenos Aires. Que viajabas con tus padres. Y vos, ¿qué sabías de mí? Que me llamaba Víctor. Y que era periodista. Esto es lo único que pude decirle a González.



Esa misma tarde te volví a ver. Tres horas antes de que empezara el congreso me fui a la playa. Merodeé por las cercanías de tu hotel. No estabas. Resolví nadar. De pronto...



¡Oh!...



¡Vos! Es el destino. ¿Ves? ¡Te estuve buscando, y te encuentro sin buscarte!

¡No es modo de encontrarme! ¡Espero que la próxima no sea así!



Reímos, felices. Yo, al menos, totalmente feliz. ¿Verdad que era el destino? ¿Verdad que ahora crees que fue el destino?

Salgamos. ¡Alcánzame!



Nadabas como un pez. Pero yo no era lento. Llegamos juntos a la playa.

¡Hasta aquel médano!



Caímos, exhaustos, al pie del árbol, sobre la arena del médano. Y a medida que fuimos recuperando el aliento nos mirábamos, cada vez más profundamente. ...



... hasta que te tomé las manos.

¡Claudia! ¡Es increíble! Estoy enamorado. ¡Desde esta misma mañana! ¡Estoy seguro!



Reíste. Me acusaste de don Juan, galanteador, frívolo, cosas por el estilo. Yo también reí. Sabía que mi verdad se te impondría, que no estaba viviendo tan solo un espejismo. Te acompañé al hotel al ponerse el sol. Yo debía vestirme para ir al congreso.



Esa noche...

¡No te duermas! ¡El que habla ahora es el tipo más importante!



No me dormía. Sólo que no podía apartar el pensamiento de ti. Habíamos quedado en vernos a la mañana siguiente, y lo único que deseaba era que llegara ese momento. Llegó, y volvimos. Y así ese día, y otro, y todas las tardes de aquel maravilloso mes de enero.



Adelanté mi licencia en el periódico y puse a mi suplente en la radio. Pude dedicar todo mi tiempo para ti.

No me entusiasma el baile. Pero me gusta verlo.

Otra cosa en la que coincidimos. Quedémosnos en nuestra mesa, entonces.



Coincidíamos en muchas cosas. Y fue esa noche, cuando al fin pude saber que coincidíamos también en lo que más me importaba. Cerca de tu hotel, nos detuvimos.

Estoy seguro de que te quiero, Claudia. No te olvidaré nunca.



¿Nunca? ¿No es un tiempo demasiado largo?

¡A tu lado no existe el tiempo para mí, Claudia! Solamente quiero saber... Yo...



Te tomé en mis brazos. No dijiste una palabra. Solo tu mirada, esa mirada algo triste.



Te separaste suavemente. De pronto...

¿Qué es eso?  
¿Qué te ocurre?



No es nada. Ya está. Ya me pasa. Tengo estos mareos, a veces...

¡Mareos? ¿Se lo has dicho a tus padres?



Sí. Mi padre es médico. Lo habrás visto en ese congreso. Es el doctor Roldán. Justamente quiere que me vea un colega suyo. Creo que es algo en la vista...



Recordé al doctor Roldán. Una eminencia. Debía ser algo sin importancia. Tú misma te reíste, y te seguí hasta el hotel bromeando. Los días siguientes fueron como los otros. La playa, el sky acuático, los clubs nocturnos, las charlas interminables...



Conocía a tus padres. Esa pareja encantadora. Me los presentaste en la terraza del hotel.



Tu madre captó la mirada que nos intercambiábamos. Sonrió.

Supongo que todo el mundo hará lo mismo. El interior se quedará sin periodistas.

¡Oh, no! Sólo que se ha presentado una oportunidad...



En realidad, la había buscado, y vos lo sabías. Se aproximaba el momento de tu regreso, y quería estar donde pudiera verte todos los días. Estaba decidido a pedirte que te casaras conmigo. A pesar de todo, llegó la tristeza de tu partida.



En la misma noche de tu regreso, mientras tus padres preparaban el coche, pudimos cambiar unas palabras.

En dos días estaré en Buenos Aires. Creo que se me confirma un trabajo allí en un diario importante. Y en una radio.



Está bien, Víctor. Te esperaré.



Poco después, te ibas. Quedé inmóvil, viendo alejarse el auto. Era una mezcla de felicidad por haberte encontrado, y de tristeza por sentirme de pronto aturdido por tu ausencia. Creo que viví como un autómatas hasta el momento de mi partida en Buenos Aires.



González me acompañó a la terminal.

Te vas por esa muchacha, ¿verdad?

Sí, González. Pero volveremos. A ella le gusta esto. Ya hemos hablado. Aquí no me va mal.



Me despedí de este buen amigo y mi viaje no fue más que un constante pensamiento puesto en ti. No sé por qué algo me inquietaba. ¿Premoniciones? ¿Esa misteriosa comunicación que se había establecido entre nosotros, y que actuaba, aún; que no tuviéramos conciencia de ella?



Lo cierto es que una ansiedad casi enfermiza me dominaba. Quería verte. Rápido. Al menos un momento. El viaje se hizo interminable. Al llegar a Buenos Aires, pasé por el hotel sólo para dejar la valija, y en el mismo taxi seguí hacia tu casa. Tenía tu dirección, y pronto estuve allí.



(Ojalá me recibiera ella. Ojalá salga ella.)



La señorita Roldán, por favor. Claudia Roldán.

No me había recibido ella. ¡Y esa buena mujer, que me miraba de un modo extraño! Di mi nombre. Me hizo pasar sin decir palabra:

(No seas estúpido. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás inquieto?)



Ór pasos. Me volví.

¿Cómo está, Víctor? Siéntese.



¿Qué había en la expresión de tu padre? Créeme. Pensé en un segundo en mil cosas, menos en la verdad. Una verdad de la que pudiste pensar alguna vez que me alejaría de tí. Y que me hizo ir corriendo a tu lado. Observé las vacilaciones, los rodeos de tu padre, y creo que me irrité.



¡Por favor! ¿Qué ocurre? ¡Dígame usted qué pasa!

Creo que mi hija le dijo a usted que la haría revisar por el doctor Machado...



¡Sí. Aquellos mareos... ¿Qué le pasa a Claudia?

Hay algo que debe usted saber. Claudia debió ser operada de urgencia. Algo craneano. Su vida corrió un grave peligro...



Sentí que el corazón se me helaba. Me puse de pie, vacilante. Tu padre debía hacer un esfuerzo a la vez para dominarse.

¿Dónde está? ¡Quiero verla! ¡Dígame que está bien!



Está bien. Con vida. Afortunadamente la operación fue un éxito. Pero...



Un vértigo de angustia, de temores, de desesperación me nubló la vista. Ór, como en sueños, una explicación técnica de tu padre. Tus ojos. Tumor afortunadamente benigno. Pero presión en el nervio óptico. Y la frase final, que se repitió en mí, una y otra vez, como un eco.

...ciega... desgraciadamente, ha perdido la vista, no hay muchas esperanzas a ese respecto.



Caí como desplomado en el sillón. Como un niño, me puse a llorar.

Cálmese. Claudia quiere que usted comprenda una cosa: lo deja libre. Más aún: me ha dicho que no está dispuesta a sacrificarlo. No lo recibirá.



Esta última frase actuó como un estímulo súbito. Me puse de pie.

Dígame dónde está, por favor. Quiero verla.

Usted conoce el carácter de Claudia. La pobrecita no quiere piedad.



Insistí. Tu padre me dio la dirección de la clínica. Y ahora, cuando ha pasado todo este tiempo, debo confesarte que la peor de todas las angustias fue aquella larga espera, hasta que me permitieron verte, sólo dos días después. Dos días que fueron dos infiernos.



Pude hablar con el doctor Machado.

Le diré la verdad. Lo más probable es que no recupere la vista jamás.

¿Pero no hay ninguna esperanza? ¿Ninguna?



Bueno... Se ha registrado algún caso. Pero han sido recuperaciones casi milagrosas

Esta será una, doctor! Tiene que serlo!



La fe acababa de precipitarse sobre mí, sin pensarlo, sin proponérmelo. Tenía que transmitírsela a Claudia. ¡Esa sería mi arma! Cuando al fin pude acercarme, temblando, hasta su lecho...

Amor mío, todo saldrá bien. No hables. Escúchame...



Hablé extensamente, una y otra vez. Y así todos los días, hasta que abandonaste el lecho, hasta que desaparecieron los últimos rastros de tu operación y nuevamente tu rostro fue el tuyo, y tus ojos, los ojos más lindos del mundo, volvieron a sonreír, aún sin luz...



Sin embargo, tu voluntad seguía firme. Sólo había conseguido que postergaras tu decisión. Ya en tu casa, discutimos muchas veces.

Serás mi amigo. Pero nada más. No accederé a otra cosa. No puedo hipotecar tu vida, Víctor.



¿Cómo convencerte de que te amaba aún más que antes, que me eras más necesaria todavía que antes? ¿Cómo persuadirte de que no podía vivir sin ti, más todavía, que estaba lleno de esperanza, que creía firmemente en tu recuperación, aún cuando fuera un milagro?

Contagí mi entusiasmo a tu padre y a tu madre. Sentía que me apoyaban, aunque no lo dijeran expresamente.

Este primer año será un período de prueba. Si al cabo de él no ocurre nada, habrá que perder las esperanzas...



¡Ocurrirá! ¡Estoy seguro de que ocurrirá...!

Dios lo quiera, Víctor. Rezo por ello. Rezo continuamente...

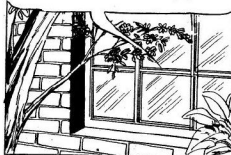


Y pasó ese año, con mi tiempo compartido entre el trabajo, que desgraciadamente no podía abandonar, y mis largas charlas contigo, en la sala. Te leía libros íntegros, que comentábamos. Poemas, oíamos música. Así pasó el invierno, y llegó la primavera.



Solías preguntarme por los durazneros del jardín, cuyas ramas asomaban por la ventana.

¿Florecen? Ya deben estar en flor, ¿verdad?



Las ramas están llenándose de flores. ¡Es la primavera, Claudia!

La siento. Se huele en el aire. ¿Te has fijado que los gorriónes alborotan más que de costumbre?



Fue justamente esa tarde, cuando habíamos del duraznero en flor. Un grupo de gorrones se precipitó sobre el árbol, en un enjambre de revoloteos y pjar desordenado. Te levantaste, avanzando hacia la ventana. Me levanté a mi vez para ayudarte.

Pero de pronto quedaste inmóvil: Abriste los brazos...

¡Víctor...! ¡Los gorrones!  
¡El duraznero en flor!

Te miré. El corazón saltó en mi pecho. Tus ojos se abrieron, desmesuradamente. Corrí hacia tí.

¡Claudia!

Aicancé a recibirte en mis brazos. Te habrías desvanecido.

¡Doctor! ¡Señora!

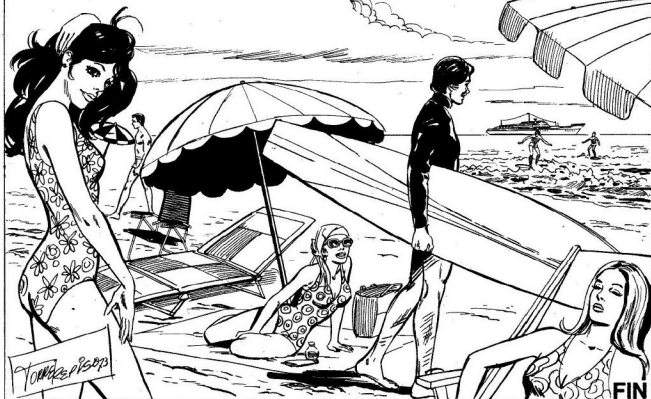
¡Qué ocurre?

¡Se ha desvanecido!  
¡Creo que ha visto!

No atinaba con mis palabras. Tu padre te atendió enseguida. Pronto recuperaste el sentido. Estábamos los tres, anhelantes, a tu alrededor...

La luz... Otra vez... la luz...

Ahora, te protejes de esa luz con esos anteojos oscuros, y estás en silencio, de cara al mar. Otra vez la luz, porque no hay tinieblas que no sean vencidas por la fe y el amor. Nuestro viaje de bodas, aquí, en Villa del Mar, también está impregnado de esa luz.



# CUANDO LOS KILOS SOBRAN

TEXTO: INÉS VILABOA  
DIBUJOS: FERRONI (A)



- Haciendo cálculos, creo que con una rigurosa dieta algún día podremos lograrlo.



- Doctor, quisiera decirle algo sobre la dieta que usted aconsejó a mi esposo.



- ¿No piensa usted, doctor, que un régimen como usted le indica, haría peligrar su porvenir?



- ¡Formidable, señor Varela...! Veo que ha seguido la dieta que le he indicado.



- Piense en todos los lindos sombreros que podría comprar con el dinero que le hará ahorrar el régimen.



historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

# TODO EL QUE LLEVA LUZ SE QUEDA SOLO

DIBUJOS DE FERNÁNDEZ

AMIGAS Y AMIGOS  
LECTORES:

En esta HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES me honro en incluir fragmentos del poema EL MAL HIJO del notable escritor argentino ALFREDO R. BUFAÑO.

CRISTÓBAL MARIA PAZ

Ana miró aquellos papeles por casualidad. Era la letra de Karlo, grande y segura. Sonrió con malicia. Pocas veces venía a la oficina del padre que estaba instalada en la planta baja de la casa. Y menos a la hora del mediodía. Pero necesitaba hablar con Claudio Ramón, el teléfono de arriba, de la casa de ellos, estaba sin tono.



Volvió a mirar los papeles. Eran poesías. Una de ellas se llamaba "El mal hijo". El título le pareció un poco cursi, barato. Todo Karlo era un poco así; al menos el Karlo que ella creía conocer. Era muy diferente a Claudio Ramón y a toda la gente de la "barra". Leyó el poema.



*No sé que tú quieras  
a pesar de su color a tu hijo el poeta  
se que te hizo llorar más de una noche  
se que te dio más de una honda pena.*



"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."



*una sombra le asomó la luce  
con que al día ya quedaba puesta  
y así se quedó solo,  
solo como ninguno en una sala.*



*Para que se pierda su esperanza,  
para que se pierda su canción y su pena  
para que sus palabras, para que sus angustias,  
para que su equívoco de belleza*

*Todo el que lleva luz se queda solo  
y el, solo se quedó tras la remota puerta*

Karlo

Ana dejó los papeles en donde los había encontrado, con un poco de rabia. Aquellos versos la habían emocionado, tenía que ser sincera y reconocerlo y eso le dolía. Sentía fastidio por Karlo. Regresaban de almorzar. El padre la besó en la frente. Karlo la saludó con timidez.



Ana llamó a la casa de Claudio Ramón. Daba ocupado. Entonces habló con Ana María, pero no escuchaba lo que le decía su amiga; pensaba: "Una sombra le arrancó la llave... conque se abrió tu querida puerta..."



Pensaba en Karlo, "el Rubio", ese bruto, ese "polaco"; el candidato de la familia "chapada" a la antigüa. No es que Karlo fuera feo. Era rudo, fornido. Todo un camionero. Decía que en Polonia había cursado el primer año en la Academia de Letras, después de recibirse de bachiller.



Pero llegó la guerra y lo destruyó todo. Hasta el tiempo, clavado en la dura y larga y fría hora de las lágrimas negras: en el minuto cansado de la muerte que nunca se acaba de morir.



Ana se sentía mirada por Karlo; miraba con aquellos ojos de "besugo" todo colorado, como "un pavo". Era fuerte. Hasta el cabello le había salido con fuerza. Tenía la cabeza de escobillón color zanahoria.



Lo sabía enamorado de ella y le indignaba ese amor. Ella no era para casarse con "ese", con un camionero... ¡Qué se pensaban! Volvió al piso de arriba. Encontró a la madre en la cocina, lavando los platos. Parecía preocupada.



Ahí tienes el repasador. Secá rápido los cubiertos, que se manchan. Estos no son de acero inoxidable.



¡Ay, Ana! Hija, qué mal te educamos. No estudias, no trabajas; todo te parece mal, nada te conforma; siempre estás aburrida. Pero vos no tenés la culpa, la culpa la tenemos nosotros.



¿Vas a contar la historia de siempre, mamá...?

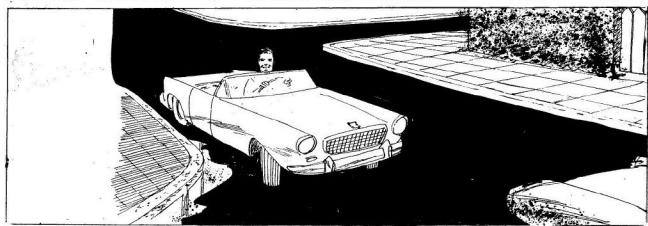
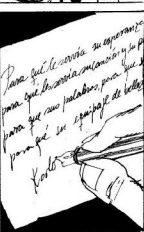
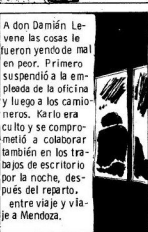
Como se nos murió tu hermana y como vos naciste cuando ya íbamos a quedarnos solos, te llenamos de mimos, te consentimos todos los caprichos. Por eso sos así, vivís para vos. No te das cuenta de las cosas que ocurren a tu alrededor.



Por ejemplo, preocupada por hablar por teléfono, no te diste cuenta de que tu padre no probó bocado. El negocio anda mal, Karlo volvió de Mendoza con el camión tanque vacío. A tu padre le cerraron el crédito en la bodega.



Antes era un buen negocio fraccionar vinos, ahora hay mucha competencia. Suerte que Karlo aguanta. Hace casi tres meses que no cobra un peso y para la nafta está poniendo dinero de su bolsillo. ¡Ese muchacho sí que vale!



Claudio Ramón usaba remera a rayas, pantalones vaqueros, muy estrechos, descoloridos y arrugados. Tenía el cabello bien largo y calzaba alpargatas sucias. Poseía "personalidad"... lo que le faltaba a Karlo, según Ana.



"¡Yo sé que tú querías/ a pesar de sus cosas a tu hijo el poeta; / sé que te hizo llorar más de una noche, / sé que te dio más de una cruda pena."



Damián Levene era un hombre bueno. Su esposa, doña Beatriz también era una mujer buena. Se querían entrañablemente.



La vida fue dura para ellos, pero lucharon de frente, sin miedo y no se podía decir que hubieran triunfado. Tuvieron una hija, Lucía, que murió siendo niña.

Después de muchos años nació Ana. Entonces hubo en el padre y en la madre, en don Damián y doña Beatriz, un desborde desesperado por darle todo, consentirla en todo, como jugando un duelo con la muerte, como queriéndola convencer de que se quedase para siempre entre ellos, con ellos, tan solos desde que había muerto la hermanita.



Es un disco fabuloso. Volvó a pasar, Felisa. Qué raro que no ha llegado Claudio Ramón.

Andá saber en qué anda ése.



Fue entonces cuando entró al cuarto la madre de Felisa. Estaba muy nerviosa.

¡Ana! Te llamaron por teléfono. Piden que regreses con urgencia.



Cuando el taxímetro dobló la esquina, Ana vio su casa llena de gente. Doña Cata, la Emilia, doña Emma, Julián, el de al lado. Vio también la ambulancia del Centro Gallego. Pagó rápidamente. Se le helaban las manos. Tuvo miedo.



"¡Todo el que lleva luz se queda solo, y él solo se quedó tras las cerrada puerta!"



¿Qué ocurre?



El corazón. Falló. Muchacha, tiene que ser fuerte, por su mamá...



La realidad fue entrando por grados, suavemente, casi sin sentir, como penetra el arma aguzada y filosa en la carne estremecida. De pronto tocó fondo, llegó al alma sensible y se retorció de dolor, gritando, llorando enloquecida.



¡Papá! ¡Papá!



En la noche llegaron las amigas. Sin saber por qué, le chocaron el rímel, el rouge, los cabellos sobre los ojos, o las trenzas desmesuradamente largas. Le abrumaron con caricias y consuelos de circunstancias. Ana hubiera querido huir, pero, ¿en dónde se escondría?



Al pasar frente a un espejo se vio tal como estaba. Con los ojos hinchados, la cara congestionada, desfigurada. No, no podía arreglarse. ¡Que viniera Claudio Ramón y la viera como era! ¡Qué importaba!



En el comedor se sentó rodeada de amigas. Allí estaba la madre; la lámpara la alumbraba con su luz amarillenta. La vio vieja. En los ojos enrojecidos las lágrimas parecían de sangre. Entre las manos curtiditas, el pañuelo húmedo.



Era Claudio Ramón y unos amigos. Parecían ajenos a lo que ocurría en ese lugar. Claudio Ramón sacó sus cigarrillos importados e invitó generosamente. Fumaban sin tragar el humo. Hacían las cosas por hacerlas.

En la cocina no había café para convidar. Eso le hizo pensar en la situación en que quedaban, en el desamparo, en la miseria. Ella, Ana, no estaba preparada para nada de eso. ¿Qué sería de ellos? Sintió voces en el corredor.



¿Qué hacemos, Claudio Ramón?

Yo qué sé. Estas cosas no me gustan. Vine porque no hubo más remedio. Con ganas me las "tomaría".



Tengo deseos de ir a la costanera a hacer unas "picadas".



Buena idea. Vamos.

Claudio Ramón y los demás se fueron. También se fueron las amigas. De pronto se dio de narices con una espantosa realidad. Estaba sola, estaba total y absolutamente sola.



¿En qué mundo había vivido hasta entonces? ¿Qué mundo vacío, sin sentimientos? ¿Qué mundo era ese que hasta hace un momento había sido el suyo en donde sólo es posible la risa? Y otra vez la pregunta: ¿adónde ir?



Volvió a recordar el poema de Karlo: "Una sombra le arrancó la llave conque se abrió tu querida puerta, y así se quedó solo, solo como ningu no en plena selva".



Era la mañana. Andaba por la casa como una sonámbula. ¿Dónde sentarse a descansar, lejos de todos? Entró en el cuarto de Karlo. El no estaba. Quién sabe por dónde andaría. Una inmensa gratitud le inundó el pecho. ¿Qué hubieran hecho sin Karlo? El se ocupó de todo. Fue el hombre de la casa.



Se miró al espejo de dos cuartas, que le deformaba el rostro. Se vio demacrada, feísima. Irguió los hombros. Ella debía luchar por su madre, trabajar en lo que fuera, hacer frente a la dura vida que le esperaba.



¡Cómo envejecen las horas de dolor! ¡Cómo madura de repente el corazón despreocupado de la juventud! ¡Qué grande y qué cruel es a veces el mundo!



El cansancio y el dolor la vencieron. Curvó la espalda y lloró con ansias. Lloró de impotencia y debilidad. Y siempre aquellos versos que volvían y volvían.



"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."



Sintió pasos. Levantó la cabeza. Allí estaba el Karlo obstruyendo con su corpachón la puerta. En sus manos una bolsa inmensa de papel marrón. Había ido al supermercado. Nadie lo había mandado. Nadie le había pedido nada, pero él sabía lo que debía hacer.



Ana, no llore. Vamos... Y bueno, tengo que decirlo. No se preocupe. Yo trabajaré para ustedes. Todo caminará. No se asuste. No quiero pago, ¿me entiende bien...?



No quiero pago, yo le debo mucho a don Damián: él fue un padre para mí. No quiero más que un sitio en la casa, un plato en la mesa y todo va a andar bien. Mi mamá murió en Varsovia, en un bombardeo y sé que ella estaría contenta con esto que voy hacer.



Si ustedes quieren, viviré afuera, para que la gente no hable y usted... ¡usted se casará algún día... porque... porque es tan linda!



Karlo dejó la bolsa sobre la mesita. Ana sintió que se ahogaba de pena y gratitud. Todo para ella, desinteresadamente.



Usted es linda, había dicho Karlo. Y lo repitió como para convencerla, lo repitió con esa sinceridad suya que era como un escudo.

Usted es muy linda y será muy feliz.



Linda ella, con su cara gris y triste. ¡Qué lección le estaban dando! Ese era Karlo. Sin querer resonaron en sus oídos aquellas otras palabras: "Estas cosas no me gustan. Con ganas me las 'tomaría'". Vine porque no hubo más remedio. Tengo deseos de ir a la costanera a hacer una "picada".



A la claridad de la mañana, que se colaba por la ventana, lo vio erguido, pálido, con su pelo revuelto, su cara honrada. Lo vio fuerte, grande, firme como una roca, y de pronto, como deslumbrado por una luz nueva, la luz que cada uno lleva dentro de sí, bajó sus ojos, desprendiéndolos de aquellos otros ojos turbados y tristes, cuya mirada le llegaba al alma.



Ana sintió la cara ardiendo y al volverlo a mirar, sin saber cómo, se arrojó a aquellos brazos, llorando de emoción; aquellos brazos que serían su sostén y su verdadero apoyo en el mundo, puesto que nada, nada más desearía en la vida. Ya era toda una mujer, y Karlo era todo un hombre.



# LA MUJER QUE CASI DESAPARECIO

Por PIER MICHELÉ

Dibujos de L. VERGANI

Agde es la próxima parada, mademoiselle.

¿Me oye usted? Debe prepararse para bajar. Apenas nos detendremos un par de minutos. No mucha gente va a Agde en esta época del año. Por tren, al menos...

Yo lo oía, claro. Pero acaso estaba todavía pensando en lo que mi jefe y mis compañeros de la oficina pública de París, donde trabajaba, habían dicho al enterarse de mi decisión...

«Hago de mis vacaciones lo que quiero. ¡Soy absolutamente libre!»

Y suficientemente pretenciosa para haber elegido un lugar selecto, preferido por la gente idem que busca alejarse de los demás. ¿Cuánto te costará el "paseito"?

¿Al mar en otoño, Lisette?

(Me costará un dineral, pero estuve ahorrando todo el año para venir aquí, abandonar la pesada rutina y sentirme en el sitio adecuado a mis deseos.)

¿Llevo su maleta, mademoiselle? No estropee sus delicadas manos.

Puedo llevarla muy bien, pero hágame un favor: dígame dónde queda el guardador de equipajes de la estación.

Ahora conserve su número y pase a retirar su maleta cuando lo desee, o envíe por ella al empleado del hotel donde consiga alojamiento.

¿Cómo sabe que me hospedaré en un hotel?

Bueno, verá usted... Los que ocupan las casas de la villa marítima suelen venir en auto, o sus chóferes pasan a buscarlos cuando lo hacen en tren. Agde-sur-Mer es residencia de gente distinguida.

Me dio rabia. ¿Se notaba tanto que yo era una simple empleaducha de París? Miré con tanta mala cara al insolente que lo hice sentir necesitado de una disculpa...

Sin embargo, mademoiselle, su belleza la hace digna de la mejor residencia.

(Ferdinand piensa exactamente lo mismo. No quiso despedirme de la oficina, sino que apareció imprevistamente cuando yo estaba por subir al tren en París...)



¡Aguarda, Lisette!

¿Quién te dijo que vinieras?

Nadie. Sentí ganas de hacerlo, simplemente. Quería ser el último en desearte buen viaje y felices vacaciones... Pero, ¿lo lograrás?

¿Qué?

El cambio que buscas con tanto empeño. Te agobia la rutina que no crees merecer. Vas detrás de otra cosa mejor. Piénsalo bien, Lisette Laurenti.

Físicamente estás dotada para lo mejor, pero la felicidad no está en la parte de afuera, sino dentro de ti misma.

Tu filosofía no empañará mi viaje, Ferdinand. Te enviaré una postal para que quedes conforme.



•Sabes muy bien qué es lo que me confortaría.

Varía de objetivos. No te convengo. Algún día hallarás a la muchacha que necesitas. Debe ser igual que tú, recuérdalo.



(Lo esencial es copiarse de los demás. Hacer lo que hacen los que saben hacer. Si debo hospedarme aquí estudiaré antes a la mujer que se me antoje el modelo apropiado y...)



(La guía turística lo decía: "Si usted busca confort y trato preferencial vaya al "Mirador". Es caro, pero también el mejor...)

Un par de audaces "apolos" nadaban en la pileta. Mujeres elegantes y hombres pletóricos de "savoir faire" bebían en las mesas redondas. Respié hondo y traté de parecerme a ellos...



Un "Martini" seco. Bien seco, por favor.

Tenía el mismo color de mis ojos en los suyos, mi altura, mi talla, casi mis rasgos faciales y mi edad, pero...

(Sólo sus cabellos rubios la diferenciaban de mí. Y su distinción, claro está.)



Cuando los modernos encendedores fallan, hay que volver a los viejos métodos. Pruebe con mis fósforos.

Oh, gracias...

Casi se quemó los dedos porque el asombro la invadió como a mí...

Siempre supe que mis ojos eran únicos.

Yo también. Si su apellido es Laurent creeré que mi madre tuvo mellizas y nunca me presenté a la otra. Me llamo Lisette.

¿Matías? ¡Oh, Matías...! Seguro que esperaba tu llamado...

Sería perfecto ir con usted a recorrer los alrededores y...

Una comunicación para usted, madame Laroche. De larga distancia.



Yo Marian Laroche. Siéntese a mi mesa, por favor. Es usted un calco perfecto de mí.

Con excepción de sus cabellos, Marian.



Sonrió. Iba a decirle algo pero se interrumpió cuando el mozo le sirvió en su mesa. Media hora después parecíamos dos viejas amigas. Era viuda, de París, y había llegado hacía dos días para instalarse en una casa que iban a entregarle en cualquier momento...

Podríamos pasar la tarde juntas si no le molesta. ¿Sí?



Fue lo único que pude oír. Marian se dio vuelta y siguió su corta charla dándole la espalda. Cuando colgó volvió a mí. Parecía radiante, inundada por una alegría que quiso compartir conmigo...

¡Daremos ese paseo en mi auto! ¿No estuviste antes en Agde sur Mer?

No. Ni recuerdo una máquina tan fabulosa como ésta. Mi padre era un apasionado del automovilismo y me enseñó a guiar cuando aún no había cumplido los quince años...

Era verdad, pero omití decirle que papá era apenas un simple mecánico, y que, al morir, me habían dado una miseria por la venta de su taller...

¡Vamos, hazlo! Conduce tú, Lisette. Yo te diré qué camino debes tomar.

Me siento fascinada. Usted es muy generosa.



¡Tutéame o me harás sentir muy vieja! Y acelera un poco, me gusta el vértigo de la velocidad.

Ahora voy a probarte hasta dónde somos parecidas. ¿Decías que nuestra única semejanza eran mis cabellos rubios?



¿Eres morocha?

La peluca fue idea de mi fallecido esposo. "Te queda más distinguido el rubio", decía. Y yo me habitué a llevarla. Pero creo que mientras viva aquí volveré a ser la de antes.



Dejó la peluca sobre el asiento y comenzó a contarme sobre su vida. Pasaba de la melancolía al entusiasmo. Había sido un modelo pobre en París...

Hasta que conocí a André Laroché. Se enamoró de mí y me hizo su esposa. Fuimos felices. Era un tipo buen mozo... y celoso.

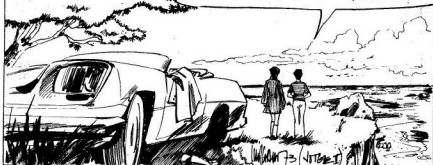


Para aquí, Lisette. Me gusta este lugar. Se domina el mar y el aire es más puro.



Se quitó el abrigo que llevaba sobre los hombros y también lo dejó en el asiento. E hizo algo más: descalzarse...

¡Hoy me siento con ganas de gozar plenamente la vida! ¿No te crees en la cima del mundo aquí arriba?



Quedé muy sola. Fue largo este año en París. Pero pienso rehacer mi vida en Agde-sur-Mer. He comprado una casa nueva. Totalmente amueblada. Sólo traje mis ropas. ¡Seré otra mujer!

Cuando los turistas se van este lugar debe ser muy solitario, Marian. ¿Te habitarás?

¡Seguro que sí! Estuve soñando todo un año con esto. Ya no tengo familiares y André me separó de mis amigos, pero...



Hablabas de tu esposo, Marian. ¿De qué y cuándo murió?

Fue hace un año, en un accidente automovilístico. Iba de París a Orleans. Siempre le gustó correr. Los trenos le fallaron y...



Se interrumpió abruptamente. Yo pensé en Matías, ese que le había telefonado al hotel. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Tendría que ver con esos celos que le imputaba a su esposo muerto?

Se habla mucho de las extrañas pie-dras de este acantilado. Son inaccesibles y...



¡Cuidado, Marian! Te inclinas demasiado. Podrías perder pie.

Nunca me marearon las alturas. Creo que nací para vivir en ellas. Arriba, siempre arriba...



¡Marian!





(Nadie nos vio llegar aquí. Pero debieron vernos salir juntas del hotel. Si cuento lo que pasó podrían suponerme una asesina. Y si no lo cuento...)



(...hallarían su auto, su bolso con sus documentos, su abrigo, sus zapatos... y pensarían en un crimen. Buscarían al culpable. Alguien podría recordarme... ¡Oh, Dios!)



Me senté a meditar. La idea fue ganando lentamente mi cabeza, como una luz cegadora y cálida, como una tentación que de pronto me sentí incapaz de resistir...

(Eramos casi idénticas. Yo huérfana, ella solitaria buscando exilio en este paraíso.)



(Sus zapatos me quedan perfectos. Sus ropas deben quedarme igual. ¿Por qué no hacerlo. Lisette Laurent? ¿Por qué no aceptar esta ocasión de ser lo que me reces...?)



(Es la otra Marian Laroche quien vuelve a Agde-sur-Mer. ¿Quién advertirá el cambio? ¿Quién notará la desaparición de la empleaducha que llegó hace unas horas a la fea estación?)



Cuando recuperé la calma me asomé, echada de bruces sobre el duro suelo rocoso. Sólo vi piedras y vegetación agreste...

(Habrá quedado oculta por ahí. Seguramente muerta. Nadie podría sobrevivir a una caída semejante... ¿Qué debo hacer ahora?)



Hice todo esto: busqué sus documentos. La fotografía mostraba a la rubia señora Laroche. Me puse la peluca. Practiqué la firma del pasaporte. Me salió perfecta a la cuarta vez. Me puse su abrigo. Eche el mío, junto con mis zapatos y mi propio bolso hacia el abismo...

(Fue Lisette Laurent qui en murió aquí.)



Su llave, madame Laroche. ¿Cenará en su cuarto o bajará al comedor?

- En mi cuarto, monsieur conserje.



El número estaba en la llave. Primera prueba: satisfactoria. El asombro maravilló mis ojos cuando abrí las puertas del guardarropas...

(Vestidos dignos de una princesa: pieles y sedas. El difunto monsieur Laroche debía ser riquísimo.)

Su cena, madame.

Merci. Retírese luego de servirla.

Pensé que los remordimientos no me dejarían dormir. Pero me equivoqué. Sólo era culpa, bñe de satisfacer mis ambiciones más caras. En la mañana...

Alguien desea verla en la recepción, madame Laroche. Un hombre.

(¿Matías?)

¡Todo listo, madame! Ya puede habitar su nueva casa. Tal como lo ha pedido, no hemos descuidado un solo detalle. Tendrá que dejar el hotel e instalarse.

Le agradeceré si me acompaña.

El problema era mi voz. La de Marian tenía un tono más agudo. Debía hablar poco con los que ella había tratado. Pedir la cuenta al conserje. Me la dio junto con el dinero que sacó de la caja fuerte...

Firme el recibo y todo estará en orden.

¡Perfecto, madame! Ha sido un placer tenerla de pasajera. Si algo necesita avíseme.

Lo haré, gracias.

Mandé que cargaran su abultado equipaje en mi camioneta. Yo iré adelante. ¡Isted sígame hasta la casa. Pero, ¿qué pasó con su voz? ¿Acaso el clima del mar se la afectó?

Sí, eso debe ser... He pescado un resfriado. Pero pasará.

Todo actuaba a mi favor. La casa quedaba en lo alto de una colina. Alejada de las otras. Era moderna y confortable. Una mujer apareció en la puerta...

Madame Dupont será su ama de llaves, cocinera y excelente compañía. Yo mismo la elegí en el pueblo. Se la presentaré.

Será un placer servirla, madame Laroche. También yo soy viuda y comprendo sus deseos de buscar soledad.

El hombre bajó las maletas y se fue. Pasamos el resto del día ordenándolo todo. Y en la noche...

(Si Ferdinand me viera se asombraría. Logré el cambio que buscaba. Pero nunca lo sabrá ni él ni nadie. Si hallan el cadáver y mi bolso creerán que soy yo la muerta y no Marian.)



(Me será fácil habituarme a esta vida que siempre deseé.)

Se habituará, madame.



Subí a mi cuarto cuando quedé sola. En vano busqué entre las cosas de Marian una fotografía de su esposo, o alguna carta, o simplemente algo que lo mencionara...

(Parece como si ella hubiese querido desligarse del pasado. ¿Por qué?)



Debí amar mucho a su esposo para abandonar París y todo el barullo de la gran ciudad y recluirse aquí. Ningún gran amor se olvida fácilmente.



Es verdad, madame Dupont. Va ya ahora a descansar.

(¿A qué vino a este lejano lugar? Es extraño que teniendo todo, pudiesen darse una vida rumbosa en París, resolviera este ostracismo voluntario.)



El auto se detuvo tres días después frente a la casa. Yo desayunaba y escuché la voz de la casa recibiendo al visitante...

Bien, monsieur. Le avisaré a madame que desean verla. Pero, ¿no me dice usted su nombre?



Ella me conoce.

¿He cambiado tanto en cinco años? Tú no. Eres la misma hermosa muchacha que un día me presentó mi hermano André. Esta es Marian, Hernán dijo entonces, la mujer que amo y hará mi esposa. ¿Te gusta?



(¿Matías?)



Pasa, Hernán. La señora Dupont nos servirá un trago. (Ha sido una suerte que me dejara su nombre y parentesco. Debo hablar poco. Limitarme a oírlo y recoger otros datos.)



Lo vi cuando la puerta fue abierta por la señora Dupont. Su auto era de modelo anticuado y su aspecto el de alguien que viene de muy lejos...

¡Hola, Marian! ¿Te acuerdas de mí?



Yo...

"Sí, me gusta", respondí yo, Marian. Pero claro, no te conocía como ahora. ¡Y sé lo que vas a preguntarme!

De acuerdo. ¿Qué voy a preguntarte?



¡He sabido de ti a través de las cartas de mi hermano André! Con ellas fui advirtiéndote tu cambio. "Se vuelve extraño", decía una. "Creo que ha dejado de amarme", otra...



¿A qué viniste a Agde-sur-Mer, Hernán?

Hace unas semanas volví allí y me la entregaron. ¡Es ésta! ¡Léela, por favor! Es corta y sugestiva, dramática y lastimosa.



El terror se expandió por mi cuerpo. No sabía qué decir. Los ojos profundos de Hernán se clavaron en los míos...

Fue entonces cuando comencé a sospechar que el accidente que lo mató pudo ser provocado. ¿Fuiste tú? ¿Lo hiciste tal como él lo temía?



¡Suéltamel!



Simplemente esto: ¿cómo puedes conocerme si has estado viajando de uno a otro lado del continente en todos estos cinco años?

(Bien, ya conozco otro detalle: Hernán Laroché viaja continuamente.)

¡A saber la verdad! ¡De tus propios y tramposos labios!



Hasta allí parecía un hombre triste y manso. Luego fue una furia contenida, un creciente alud de palabras que se acumulaban atropelladamente en mi cerebro...

La última carta de André llegó a Munich cuando yo había dejado ya la ciudad, un año atrás, poco antes de su muerte.

*fué inmediatamente a Agde, Hernán. Tempo rucido. Si, rucido! Creo que tu- rian planea derriacerse de mí. Solo quería lo que mi diuero podía darle. Ahora quizá, quiora mi diuero sin mí.*  
André



Hace cinco años me alejé de París por que creía estar enamorándome de ti, Marian. André no merecía nada malo. Ni siquiera mis ocultos deseos. Pero ahora...



¡Ahora sé que tus ojos cristalinos destellan ambición y engaño! Le daré tiempo a tu conciencia. No hay pruebas del crimen que imagino, pero estaré esperando tu confesión, en el Hotel Saint Jean, el más barato del pueblo.



(¡Dios, Dios! Si es verdad lo que él dice... habré encarnado a una asesina. Puedo ir a verlo y decirle la verdad. "Marian murió. Yo soy Lisette Laurent..." Pero, ¿cómo probarlo?)



¿Pasa algo malo, madame Laroche? Oír las voces fuertes de ese hombre... pero no entendí las palabras.

¡Olvídelo, señora Dupont! Creo que necesito aire fresco. Saldré con el auto.



(Mis documentos están en el abismo, acaso junto al cadáver de Marian. Puedo quitarme la peluca y mostrarle a Hernán que soy morocha. Pero él debe saber que también ella lo era...)



Podría irme, volver a París e inventar cualquier excusa para justificar la falta de mi documentación. Pero no me animaba a hacerlo. Me sentía en culpa. Impensadamente llegué al sitio donde cayera Marian...

(Turistas. Si hubieran estado aquí hace unos días...)



No dejes de sostenerme, Luis. Tomaré una fotografía de esas piedras milenarias. Luego las estudiaremos. ¡Son magníficas!

No dejes de ser un geólogo ni siquiera en las vacaciones, Henri. ¡Apúrate!



Quise acercarme al borde y no pude. El miedo me sobrecogió. Volví al auto y traté de regresar a la casa. Vagué como una sombra por ella. La señora Dupont no hacía más que observarme en silencio...



(¿Qué pensaré de mí? ¿Una loca? Lo seré si no tomo una decisión.)

La cena está servida, madame.

¡No tengo apetito! Quiero dormir, estar sola, en mi cuarto. ¡Que nadie me moleste!



Yo ignoraba que también Hernán Laroche estaba solo, en su cuarto del hotel...



(Temblaba como un animalito indefenso. ¡Y es una zorra! Pero había algo raro en ella: su voz. Tenía un tono más grave... casi dulce.)

(¡Pero pudo fingirla! Para engatusarme como al pobre André cuando se enamoró de ella. Debería apremiarla y decirle que tenía una prueba... algo que llegó con esa carta que le mostré.)



En la tarde siguiente aún no sabía qué camino seguir. Dejaban de importarme las ropas caras de Marian. ¿Era esa angustia el pago de la felicidad que pensaba encontrar en mi nueva vida...?

(Alguien llega. No es el auto de Hernán.)



(Un hombre joven y apuesto...)

¿Matías?)



-¡Oh, aquí está ella! Bon jour, madame Laroche. ¿Me recuerda? Quería un buen jardinero para su nueva casa. Contrató mis servicios y aquí estoy...

Mi casera le indicará sus obligaciones.



¿A quién debo anunciar a madame? Ella no quiere ver a nadie.

Dígale que el jardinero que contrató en París está aquí. Que ha llegado monsieur Oleron.



Preferiría hablar antes con usted, si es posible.



Casi me obligó a que lo hiciera entrar. Esperé que mi ama de llaves se alejara y sonrió. Una simpática sonrisa la suya...



¡Eres una excelente comediente, Marian! Esa mujer debió tragarse la píldora.

Sentí asco. Era fácil imaginarse todo. Impulsivamente rechacé el abrazo de ese hombre que ya no me parecía ni simpático ni atractivo...

¿Qué pasa contigo? ¿Has cambiado de parecer?



¡Déjame sola!

"Hay que guardar las apariencias hasta el final", dijiste. "Deben pensar que nos conocimos en Agde-sur-Mer, Matías..."



(¡Matías!)

"Que crean que eres el jardinero del que la viuda solitaria se enamoró en su doloroso exilio..." Todo fue bien planeado, chérie. ¿No vas a darme el primer beso en un largo año de ausencia?

¡Eso no, Marian! Juegos sucios con Matías no. ¿Serví sólo para deshacerte de tu esposo? ¿Usaste al misero mecánico de la vuelta de la esquina para que "arreglara" los frenos del auto que provocaron el accidente y nada más?





Detuve el auto frente a la comisaría local. El empleado me dijo que el comisario estaba ocupado y si podía atenderme él.

Sólo hablaré con el comisario. Es muy importante y...



Finalmente...

Primero no querían creerme. Después se convencieron, cuando fueron en busca de Herán Laroche al hotel Saint Jean y lo llevaron a reconocer el cadáver de Marian. Él advirtió ciertas diferencias e hizo valer el detalle de mi voz.



Con una promesa: júreme no volver a hacer nada semejante.

Se lo prometo. He comprendido muchas cosas que no podré olvidar fácilmente. Adiós.

Me sentía triste, abatida. Había recuperado mi personalidad y mis documentos. Hernán quiso acompañarme a retirar mi maleta de la estación...

¿Qué la impulsó a querer ser otra, Lisette?

Deseaba muchas cosas. Salir de la rutina, conocer a gente importante, ser feliz.

Debo hacerlo, sin embargo. Físicamente son iguales. Yo había comenzado a enamorarme de ella. Y usted me ofrece la posibilidad de continuar aquello, pero sin remordimientos. Su alma es más limpia.

¿Debo tomarlo como una declaración?

Marian debió pensar lo mismo cuando se acercó a mi hermano, hace cinco años.

Por favor, no me compare con ella.



Sonrió. Era realmente un tipo simpático. Y, ahora que no estaban tristes, sus ojos empezaron a inquietarme. Cuando tuve mi maleta quise sacar pasaje de regreso a París. No me dejó.



Yo también vuelvo allá. Viajaremos juntos. Tengo que decirle un montón de cosas.

¿Por ejemplo, cuáles?

Que yo, como usted, también estoy harto de la rutina. Ya no andaré de uno a otro lado del continente. Me instalaré en París, para poder invitarla a salir. ¿Aceptará?



"Sí", contesté. Y no crean que pensaba en todo lo que podría conseguir del único heredero de la fortuna de su hermano. Porque con la carta donde André le informaba sus temores respecto a Marian, él había recibido su testamento, y lo haría cumplir. Todo para obras de caridad.



¿En qué piensa ahora?

Pobre Ferdinand, la cara que pondría cuando se enterara de que volvía enamorándome de otro. Acaso lo consolara saber que no era esa "otra cosa mejor" que había ido a buscar, sino alguien parecido a él, y a mí.

Es hermoso, Hernán.

¿Qué?

No haber desaparecido. Seguir siendo yo, y saberme a punto de ser feliz.



FIN

En una verdad que me dijo un buen amigo el día de mi partida: "La felicidad no está en la parte de afuera, sino dentro de ti misma."



ANGUSTIOSO REGRESO AL PASADO,  
por Carl Borner Lenzi

Nunca se sabe cómo terminan cosas como ésta...

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,  
por Cristóbal María Paz

Otra investigación sobre problemas del corazón.

MI NOVIA Y YO,

por Robin Wood

¿Qué significa vivir? ¡Ah, vivir! Es un arte...

¡AY, LOLA, LOLITA, LOLA...!,

por Paula Marín

Hay un brillo en tus ojos, Lola, un brillo...

KATE Y SEAN,

por Robert O'Neill

Soy irlandés. A mi alrededor, ingleses con fusil.

MAGDA EN BERLIN,

por Noel McLeod

El tiempo en Berlín era triste, frío, lluvioso.

¿EL TIEMPO ES RECUPERABLE?,

por Malena Saudade

Falta un observador cuidadoso en esta historia...

BUZ SAWYER,

por Roy Crane

-Por ahora tendrá que hacer tareas livianas, Buz.

SONRIE, SELENA, SONRIE,

por Paul Monier

Vives en la Luna, Selena, tal vez por el nombre.

TORNASOLADA PLUMA DE BUITRE,

por Pitt Marber

Raquel es un mosquito que me ronda desde siempre.

EN  
EL PRÓXIMO  
NÚMERO DE

intervalo **ALBUM**  
EXTRAORDINARIO



EL HOMBRE  
DE LA MANCHA

A TODO COLOR

EL HOMBRE DE LA MANCHA,  
adaptación de Percival W. Lytton  
UNA TAL GIULIANA,  
adaptación de Paola Mur

intervalo **ALBUM**

ALBUM DE OBRAS  
GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

Publicación inscrita en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas, de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; del I.V.C., Instituto Verificador de Circulaciones y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable: COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos: 45-1145 y 45-4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.



EDITOR RESPONSABLE

**COLUMBA**

S.A.C.E.I.I.F.A.

SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

CORREO  
ARGENTINO  
CENTRAL B.

FRANQUEO A PAGAR  
CONCESION N° 312  
TARIFA REDUCCION  
CONCESION N° 2761

**ESTUDIE  
EN SU CASA  
POR CORREO  
CON  
enseñanza  
moderna y  
eficiente !...**



**CURSOS SERIOS  
para personas con  
VOCACION de FUTURO**

**APRENDA**  
**FOTOGRAFIA** 1000  
OPORTUNIDADES  
de progreso y bienestar  
se abrirán para Ud.  
ESCUELA FOTOGRAFICA  
SUDAMERICANA  
Casilla 142 - Suc. 13  
BUENOS AIRES

**ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA** Cas.142-Suc.13-Buenos Aires 157

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PCIA. \_\_\_\_\_

aprenda a  
**DIBUJAR**  
CON EL METODO MODERNO DE  
**MODERN SCHOOLS**  
Casilla 20 - Suc.13  
Buenos Aires

**MODERN SCHOOLS INC.** Casilla 20 - Suc.13 - Buenos Aires 157

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PCIA. \_\_\_\_\_

aprenda  
**ENFERMERIA**  
un brillante porvenir para el hombre y la mujer  
**PROFESSIONAL SCHOOLS**  
Casilla 151-Suc.13-Buenos Aires

**PROFESSIONAL SCHOOLS** CASILLA 151- SUC. 13- BUENOS AIRES 157

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PCIA. \_\_\_\_\_

aprenda  
**belleza  
y peluquería  
profesional**  
\* UN CURSO  
MODERNO  
PARA LA MUJER  
MODERNA  
**PROFESSIONAL SCHOOLS**  
Casilla 151-Suc.13-Buenos Aires

**PROFESSIONAL SCHOOLS** - CASILLA 151- SUC. 13- BUENOS AIRES 157

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PCIA. \_\_\_\_\_

**APRENDA**  
**CORTE Y CONFECCION**  
EN SOLO DOS MESES OBTENDRA  
SU DIPLOMA DE PROFESORA  
**PARAMOUNT ACADEMY**  
Casilla 8- Suc.13-  
Buenos Aires

PROFESORA DE  
CORTE Y CONFECCION  
Academia Incorporada a  
Paramount Academy

**PARAMOUNT ACADEMY** Casilla 8 - Suc.13 - Buenos Aires 157

NOMBRE \_\_\_\_\_

DIRECCION \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PCIA. \_\_\_\_\_

**ESCOJA SU FUTURO  
EN UNA ESCUELA DE PRESTIGIO!**

Remita el cupón del curso de su preferencia y recibirá **FOLLETO GRATIS**